

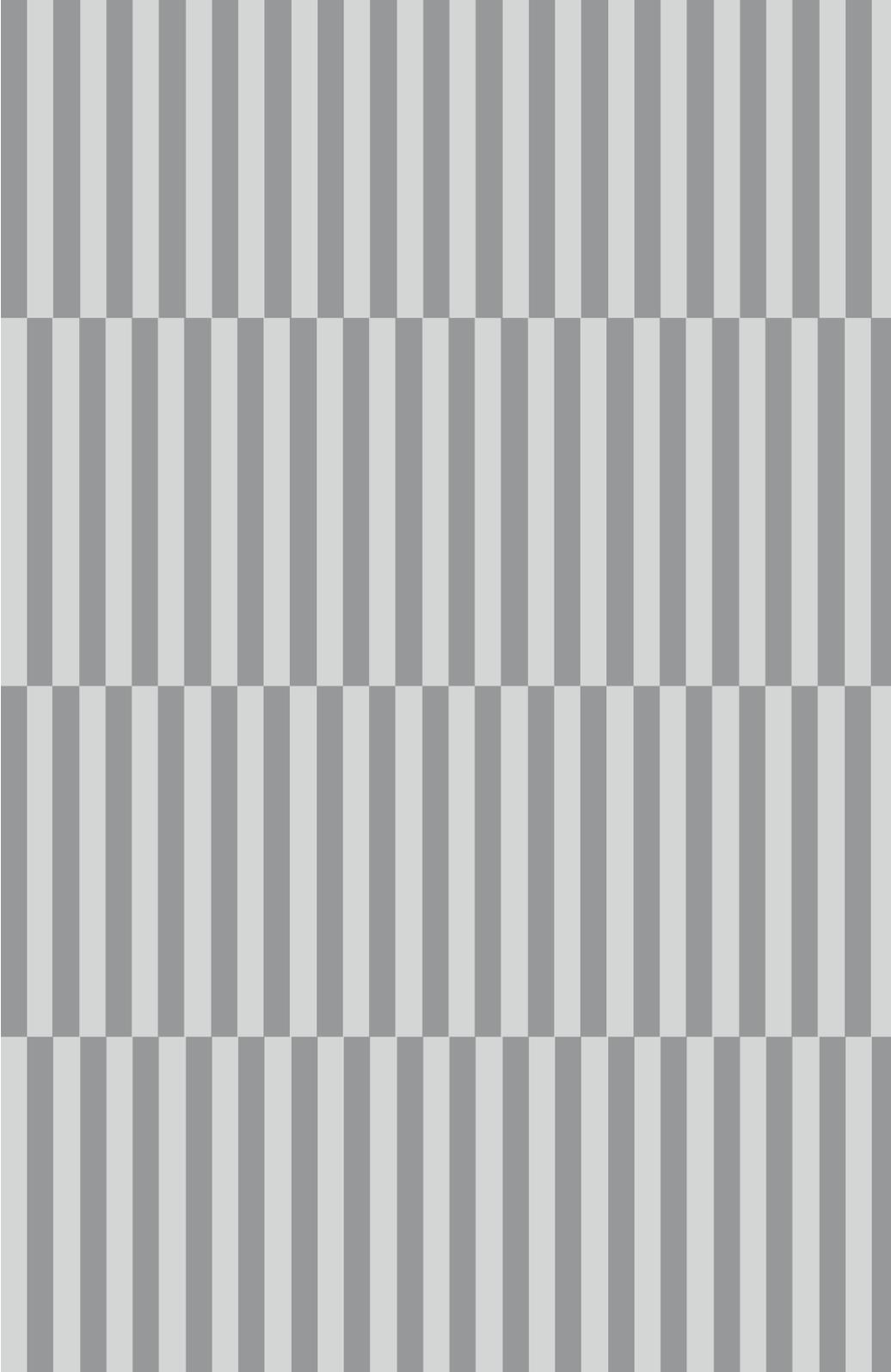
Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances

**Emmanuel
Carrère**

2017



**PREMIO FIL DE
LITERATURA**
EN LENGUAS ROMANCES





Premio FIL
de Literatura en
Lenguas Romances

■ **Emmanuel Carrère**
2017



Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro
Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos
Secretaría General

Dulce María Zúñiga
**Dirección de la Asociación Civil
del Premio FIL de Literatura
en Lenguas Romances**

Raúl Padilla López
**Presidencia de la Feria Internacional
del Libro de Guadalajara**

Marisol Schulz Manaut
**Dirección de la Feria Internacional
del Libro de Guadalajara**

Javier Espinoza de los Monteros Cárdenas
**Dirección General del Sistema
de Educación Media Superior**

Ernesto Herrera Cárdenas
**Secretaría Académica del Sistema
de Educación Media Superior**

Lilia Mendoza Roaf
**Coordinación de Difusión y Extensión
del Sistema de Educación Media Superior**

José Alberto Castellanos Gutiérrez
**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Económico Administrativas**

José Antonio Ibarra Cervantes
**Coordinación del Corporativo
de Empresas Universitarias**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria

Primera edición, 2017

Textos

© Emmanuel Carrère
María Mercedes de la Torre Monmany
Miguel Ángel Galindo Núñez

D.R. © 2017, Universidad de Guadalajara



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

Editorial Universitaria

José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

ISBN 978 607 742 915 9

Noviembre de 2017

Impresión

INHALT el ADN de los contenidos,
S. de R.L. de C.V., Av. Hidalgo núm. 2433,
col. Vallarta Norte, 44690 Guadalajara, Jalisco

Sol Ortega Ruelas
Coordinación editorial

Jorge Orendáin
Erandi Barbosa Garibay
Cuidado editorial

Paola E. Vázquez Murillo
Diagramación

© Jorge Salazar (Jors)
Caricatura

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Premio FIL
de Literatura en
Lenguas Romances

**Emmanuel
Carrère**

2017



**PREMIO FIL DE
LITERATURA**
EN LENGUAS ROMANCES



Estudios

Petrucci

VORS.
2017



Índice

- 9 Premio FIL de Literatura
en Lenguas Romances
- 13 Emmanuel Carrère
- 16 Emmanuel Carrère:
pesadillas de la identidad
Mercedes Monmany
- 28 Mentiras, simulaciones y verdades.
Emmanuel Carrère: un *no*
al pesimismo adolescente
Miguel Ángel Galindo Núñez
- 41 **Muestra de obra**
- 42 Calais



Fotografia de Maria Teresa Slanzi



Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances



El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances nació de la necesidad de contar en América Latina con un premio de primer nivel, equiparable a los grandes premios internacionales. Doce instituciones mexicanas, agrupadas bajo la forma jurídica de asociación civil no lucrativa, se propusieron otorgar anualmente un reconocimiento semejante en su calidad, monto y prestigio a los galardones más importantes del mundo literario.

El premio pretende brindar el mayor reconocimiento a los escritores cuya lengua de expresión artística sea alguna de las lenguas romances.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances consiste en 150 mil dólares, y se otorga al conjunto de una obra de creación en cualquier género literario: poesía, novela, dramaturgia, cuento o ensayo.

Un jurado de siete destacados intelectuales de las letras, que representan diversas nacionalidades, avala y garantiza la seriedad del premio.

El Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances se entrega una vez al año la última semana del mes de noviembre, teniendo como marco la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, a la que asisten editores, libreros, críticos y escritores.

La Asociación Civil Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances fue fundada por las siguientes instituciones:

- Secretaría de Cultura del Gobierno Federal
- Universidad de Guadalajara
- Gobierno del Estado de Jalisco
- Petróleos Mexicanos
- Productora e Importadora de Papel, S. A. de C. V.
- Banco Nacional de Comercio, S. N. C.
- Banco Nacional de Comercio Exterior, S. N. C.
- Banca Promex, S. N. C.
- Ayuntamiento de Guadalajara
- Lotería Nacional para la Asistencia Pública
- Fondo de Cultura Económica
- Banco Nacional de México, S. N. C.





El día 2 de septiembre de 2017 se reunió en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, el jurado calificador de la XXVII edición del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, correspondiente al año 2017, integrado por Mercedes Monmany, Jerónimo Pizarro, Valerie Miles, Efraín Kristal, Héctor Abad Faciolince, Carmen Muşat y Gustavo Guerrero. Una vez examinadas las candidaturas que se presentaron, el jurado decidió por unanimidad, tras cuidadosa deliberación, conceder el galardón a

Emmanuel Carrère

Nacido en París el 9 de diciembre de 1957, Emmanuel Carrère es autor de una obra versátil, amplia y transversal que ha obtenido un vasto y entusiasta reconocimiento internacional. Es escritor, periodista, guionista, crítico y cineasta. Atraviesa estos distintos territorios creativos con una aparente naturalidad que le ha llevado a erigirse en uno de los autores más leídos e influyentes entre las nuevas generaciones. Moviéndose continuamente entre la ficción y la no ficción, presta atención a la manera en que la historia reciente configura la subjetividad contemporánea y el destino humano.

Es un escritor que practica la circulación multimedia, trabajando además en cine y televisión, pero sin separarse de la gran tradición humanista. Por un lado, es capaz de releer y comentar la Biblia con la erudición que exhibe en un libro como *El reino*; por otro, es autor de una celebrada biografía de Philip K. Dick y un apasionado lector de ciencia ficción y de reportajes periodísticos. Heredero de Montaigne y de Rousseau, lo autobiográfico adquiere en su escritura una dimensión crítica que le permite pintarse sin concesiones y explorar arriesgadamente zonas de sombra de la condición contemporánea.

Entre sus numerosas obras cabe destacar *Una semana en la nieve* (1995), *El adversario* (2000), *Una novela rusa* (2007), *De vidas ajenas* (2009), *Limónov* (2011), y el ya citado *El reino* (2014).



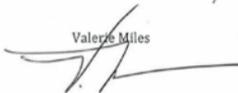
Gustavo Guerrero



Mercedes Monmany



Efraín Kristal



Valerie Miles



Hector Abad Faciolince



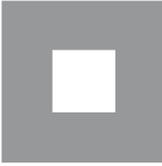
Carmen Muşat



Jerónimo Pizarro



Fotografia de Maria Teresa Slanzi



Emmanuel Carrère

Nació en París en 1957. Es uno de los narradores más relevantes de Francia. Su prolífico, versátil y amplio trabajo abarca distintos territorios creativos, desde escritor, hasta realizador y guionista de cine y televisión. Su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas. Entre la biografía, el periodismo, la autoficción, ha desarrollado un estilo propio que lo hace uno de los autores más leídos e influyentes de las nuevas generaciones. Varios de sus libros han sido llevados al cine. A lo largo de su carrera, ha recibido diversos galardones, como el Renaudot, el Femina, el Duménil o el otorgado por el diario *Le Monde*.

Novelas

- *L'Amie du jaguar*, Flammarion, 1983.
- *Bravoure*, POL, 1984. Premio Passion 1984, Premio de la Vocation 1985. En español, *Bravura*, Anagrama, 2016.
- *La Moustache*, POL, 1986. En español, *El bigote*, Anagrama, 2015.
- *Hors d'atteinte*, POL, 1988. Premio Kléber Haedens 1988.
- *La Classe de neige*, POL, 1995. Premio Femina 1995. En español, *Una semana en la nieve*, Anagrama, 1995-2014.
- *L'Adversaire*, POL, 1999. En español, *El adversario*, Anagrama, 2006.

- *Un roman russe*, POL, 2007. En español, *Una novela rusa*, Anagrama, 2007.
- *D'autres vies que la mienne*, POL, 2009. En español, *De vidas ajenas*, Anagrama, 2013.
- *Limónov*, Anagrama, 2011.
- *El Reino*, Anagrama, 2015.

Ensayos

- *Werner Herzog*, Edilig, París, 1982.
- *Le Détroit de Behring*, POL, 1986. Grand Prix de la science-fiction 1987.
- *Je suis vivant et vous êtes morts*, Le Seuil, 1993. En español, *Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos. Philip K. Dick 1928-1982*, Minotauro, 2007.

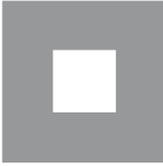
Filmografía

- 1998: *La Classe de neige* de Claude Miller, adaptación de la novela del mismo título. Premio especial del jurado del Festival de Cannes, 1998.
- 1999: *Angel*.
- 2002: *L'Adversaire*.
- 2003: *Retour à Kotelnitch*.
- 2005: *La Moustache*, realizador y coguionista, con Jérôme Beaujour a partir de la novela homónima, con Emmanuelle Devos y Vincent Lindon.
- 2010: *D'autres vies que la mienne*, adaptación de la novela homónima, dirigida por Philippe Lioret, con Vincent Lindon y Marie Gillain como actores protagonistas.

Telefilmes

- *Léon Morin prêtre.*
- *Monsieur Ripois.*
- *Le Blanc à lunettes*, a partir de una novela de Georges Simenon.
- *Les clients d'Avrenos*, a partir de una novela de Georges Simenon.
- *Pêcheur d'Islande*, a partir de una novela de Pierre Loti.
- *Denis*, con guion de Catherine Corsini.
- *Désiré Landru.*





Emmanuel Carrère: pesadillas de la identidad

Mercedes Monmany

Nacido en París en 1957, nieto de emigrados rusos, hijo de la académica y célebre especialista en historia y cultura rusa Hélène Carrère d'Encausse, antiguo estudiante de Ciencias Políticas y crítico de cine en sus comienzos, Emmanuel Carrère, lo mismo que Haruki Murakami o Paul Auster, se ha convertido en los últimos años en un auténtico caso literario no sólo en su país de origen sino en muchos otros donde ha suscitado el mismo entusiasmo y fascinación por una inclasificable e inimitable obra. Un autor de culto, que ha sabido construir toda una literatura inequívocamente original y propia, que ha comenzado a ejercer una poderosa influencia sobre otros muchos escritores, de las más diversas lenguas, en los últimos años.

¿De dónde viene su éxito y tamaño interés en torno a sus libros? En una época, la nuestra, en que las verdades y los hechos, o bien los “retoques” a esa misma verdad con imposturas y hechos alternativos es incesante; donde lo real y lo imaginado caminan sin cesar paralelos y son continuamente puestos en cuestión tanto en el mundo del arte, como en el de la moral, el lenguaje cotidiano, el periodismo, las redes sociales o incluso en la política; en un mundo cada vez más fragmentado en el que se distinguen menos, o con mayor dificultad, las fronteras de lo auténticamente sucedido y lo inventado o manipulado, este gran autor francés de nuestros días ofrece, a través de sus creaciones literarias, unos incesantes y cautivadores

viajes que se mueven en varias dimensiones y escenarios simultáneos. Que se retroalimentan en medio de universos ambiguos, paralelos, paradójicos, contrarios pero a la vez extrañamente coincidentes y coherentes, ofreciendo al lector una continua indagación entre lo real y su doble o, si se prefiere, entre fabulación y hechos fríos, objetivos y neutrales. No es que no exista la verdad, nos viene a decir Carrère continuamente, sino que ésta muchas veces está fuera de nuestro alcance, se presenta de forma cambiante y poliédrica y “hay que buscarla a tientas”, como sea, tal y como se manifestaba en *El Reino* (2014).

Una de las voces más cautivadoras de nuestros días, más auténticas, personales, potentes y desgarradoras, sus libros e intensas historias, casi siempre surgidas de la realidad, llenas de emoción y verosimilitud, de horror y piedad al mismo tiempo, atrapan y acercan a lo más profundo de la condición humana. A menudo llamado “el nuevo Dostoievski”, sus novelas biográficas o biografías noveladas como *Limónov* (2011), sus puzzles de historias de la pérdida, la injusticia y el dolor interconectados como esas maravillosas *Vidas ajenas* (2009), su indagación acerca de un viaje insólito y personal a la fe encontrada y luego abandonada de *El Reino*, construiría sin cesar un novedoso género mixto, cimentado de forma sumamente original alrededor de su propio interior y a la vez de un turbulento y engañoso exterior, que se traduce en una literatura plenamente contemporánea, exponente de su tiempo.

En esta técnica narrativa mixta suya, el escritor se escoge a menudo como sujeto inmerso en una serie de hechos que suceden a su alrededor, que recuerda o bien que pertenecen a otros personajes e historias que con frecuencia se superponen y entrelazan en su camino. Y lo

hace con un trepidante y adictivo ritmo narrativo, mezcla de crónica y reflexión, de viaje a las tinieblas de la identidad y análisis descarnado de su propia vida. Un proceso que atrapa al lector desde el comienzo. Cada nuevo libro, cada nuevo tema en manos de Carrère significa siempre, un nuevo desafío. Un desafío que en ocasiones le lleva a zonas oscuras de la personalidad del individuo, como sucedía con Dostoievski. A las fronteras del conocimiento, de la moral y la ética o de la percepción de lo real, que acercan al narrador sin cesar a la locura, a la soledad, a obsesiones relatadas de forma brutal, implacable, hasta el límite de lo indecible. Carrère es uno de los escritores actuales que al emprender la tarea casi terca, obcecada, de narrarse a sí mismo, lo hace de la forma más sincera y feroz imaginable. Sin disfraces ni ocultamientos embellecedores de ninguna clase.

Emmanuel Carrère debutaría en 1982 con una monografía dedicada al cineasta Werner Herzog. En 1983 publicó su primera novela, *La amiga del jaguar*. A ésta, hasta el día de hoy, seguirían una decena de novelas y diversos relatos. Guionista y director de cine al mismo tiempo, adaptó él mismo su excelente y famosa novela corta *El bigote*, a la vez que dirigió *Retorno a Kotelnich*, ciudad rusa que se convertiría, por partida doble, en una magnífica intriga policiaca —de las mejores de su producción— y, a la vez, como suele suceder con todas sus obras, en una implacable reflexión sobre la identidad. Una obra que luego, llevada a la literatura, adoptaría el título de *Una novela rusa* (2007). Años después llegaría el terrible reportaje novelado, o retrato de un asesino despiadado, a lo Capote y su obra *A sangre fría*, que lo lanzaría a la fama: *El adversario* (2000).

En el caso de la excepcional obra mixta que es *Una novela rusa* Carrère manifestaría:

La locura y el horror han obsesionado mi vida. Los libros que he escrito no hablan de otra cosa. Después de *El adversario*, ya no aguantaba más. Quise escapar. Creí que escapaba amando a una mujer y realizando una investigación. La investigación fue sobre mi abuelo paterno, que tras una vida trágica desapareció en el otoño de 1944 y, muy probablemente, fue ejecutado por actos de colaboración con los alemanes. Es el secreto de mi madre, el fantasma que atormenta a nuestra familia. Para exorcizarlo seguí caminos azarosos, que me llevaron hasta una pequeña ciudad perdida de la provincia rusa, donde permanecí largo tiempo al acecho, a la espera de que ocurriese algo. Y ocurrió: un crimen atroz. La locura y el horror volvían a darme alcance. Me alcanzaron, al mismo tiempo, en mi vida amorosa. Escribí para la mujer que amaba un relato erótico que debía irrumpir en la realidad, y la realidad desbarató mis planes. Nos precipitó a una pesadilla que se asemejaba a mis peores libros y devastó nuestra vida y nuestro amor. De todo esto hablo en mi libro: de situaciones que elaboramos para dominar la realidad y de la forma terrible en que ella las asume para respondernos.

En este sobrecogedor libro, Carrère mezclaba sus tormentos íntimos autobiográficos, sus fantasmas privados familiares, como bien decía, con el rodaje real de la película que dio pie a su novela. Sus libros, a partir de entonces, estarían habitados siempre por la locura, por el secreto, por la inaferrable verdad de los seres humanos y del mundo en general. Para ello escogería hechos muy distintos,

por ejemplo, el que da lugar a *El adversario*, nacido de su inmensa conmoción al acercarse al “caso Romand”, el hombre que inventó una falsa identidad durante años y que antes de ser descubierto prefirió matar a toda su familia. Aunque hay que decir que sus libros cuestionan permanentemente, y de forma paralela a esos hechos exteriores expuestos, su propia interioridad, sus turbulencias, temores y espanto psíquico privado.

En su siguiente gran obra, *Vidas ajenas* (2009), Carrère “prestaría su pluma” a individuos cruzados por su camino, marcados por la enfermedad o por la irrupción de una catástrofe traumática en su vida: el cáncer, la minusvalía, las pérdidas de seres queridos, el empobrecimiento de familias tras la crisis y, en general, el insostenible e inconsolable luto eterno por hermanos o hijos que nos abandonan. Para el autor, el haber tocado de cerca estas historias que le fueron “ofrecidas”, el haber conocido con detalle el heroísmo cotidiano de muchas vidas anónimas, se puede decir que significó un antes y un después. Dio pie a una profunda meditación sobre su propia existencia, sobre su relación con el mundo y con los otros para así tomar distancia, poco a poco, con sus propios demonios familiares. Si bien ha habido grandes obras en la historia que se han basado en “hechos reales” como sería el caso de *El rojo y el negro* de Stendhal, *Madame Bovary* de Flaubert o bien *Crimen y castigo* de Dostoievski, en los que los autores se “inspiraron libremente”, en el caso de Carrère, fue él, el autor, el que se infiltró en lo narrado en primera persona para “dar cuenta” de ello e interpretar y describir la historia auténtica a su manera.

A partir del año 2000, Carrère, tras sus obras *El bigote* (1986) y *Una semana en la nieve* (1995, Premio Femina), dejaría de escribir “ficción pura” e inauguraría el género mix-

to que lo haría célebre, y en el que mezclaba todo: realidad y ficción; autobiografía y relatos biográficos sobre otros personajes entremezclados a la suya propia; crónica y ensayo o reflexión multiocular, con distintas perspectivas, sobre ciertos hechos escogidos como excusa o como personal bajada a los infiernos.

Con el tiempo, Carrère se ha convertido en un especialista en la fría y minuciosa, casi inmovible, descripción de terrores cotidianos, así como de perturbaciones de toda índole, magníficamente diseminados por su ya famosa obra de no ficción (*El adversario*, *Limónov*), basada en casos reales, así como por sus obras de ficción pura, como las dos piezas magistrales que son *Una semana en la nieve* y *El bigote*. También, gracias a obras de enorme difusión como *Limónov*, relato biográfico que giraba en torno a la extravagante figura de este inusual escritor, disidente y hombre de la política rusa, Carrère se ha convertido en uno de los autores de mayor proyección internacional.

Las perturbaciones, los miedos y pesadillas de la identidad en las que se mueven sus personajes atraviesan todos los desórdenes y todos los espacios imaginables: desde el mental y el criminal, hasta el social e incluso el artístico-político. Sutil y escrupuloso retratista, Carrère maneja con enorme talento esa fina, ambigua y perturbadora línea que divide la locura y la razón, el humor negro y el drama, el amor y la obsesión, la fantasía y la realidad.

Maravillosa y desasosegante novela de iniciación, *Una semana en la nieve* se mueve entre lo fantástico y la crónica negra en torno a *ogros* muy de nuestros días. Temibles depredadores con los que desde que el mundo es el mundo los adultos han tenido atados de cerca a niños temerarios y con tendencia a volar por libre. Una obra de los

comienzos de Carrère, de 1995, que adquiere, sin temor a la exageración, la categoría de pequeño gran clásico de la literatura, a la manera de un cuento de Perrault o un relato de Henry James. En ella, Nicolás, un niño de ocho años, retraído y algo solitario, con una imaginación calenturienta y algo mórbida a causa de algunos relatos sangrientos que le han hecho sus mayores, se va con sus compañeros de clase a pasar una semana en la nieve. Su padre, que a menudo le avergüenza por querer acompañarlo a todas partes y no fiarse de nadie, se empeña en llevarlo en coche, en vez de dejar que se vaya en autobús, como el resto de los niños. Desde el principio, fatalmente, Nicolás será el “distinto” del grupo. Aún así, sale adelante, apoyado por un simpático monitor con el que conecta enseguida, y por la extraña protección del bruto de la clase, el perverso Hodkann, que los tiene aterrorizados a todos.

Muy pronto, el lector empieza a mascar, como el protagonista, un aire extraño en el ambiente, un no sé qué amenazante, que invade todo. Algo que oscila entre la realidad simple y ruidosa de los niños y leves e inquietantes toques de una irrealidad posiblemente tan sólo imaginada que camina junto a ellos. Algo inaprensible, sin nombre, como tantas cosas prohibidas de la infancia, que se deja ver de vez en cuando a través del escalofrío de visiones rápidas y fulminantes, de premoniciones, de duermelvelas, de alertas no atendidas. Hechos inexplicables, como un monstruo agazapado e indescifrable, a los que la fantasía algo siniestra de Nicolás aplica sin cesar una máscara de terror. Hasta que finalmente algo sucede de verdad: en el pueblo vecino un niño pequeño, como ellos, ha desaparecido sin dejar rastro, momento en el que se inician todo tipo de racionales e irracionales especulaciones.

Por su parte, la novela *El bigote*, en torno a la kafkiana experiencia de un hombre corriente que se afeita el bigote y nadie más se da cuenta, salvo él, engañosamente remite, a primera vista, a un maestro del humor negro como fue el ruso Gógol. Un tema, la literatura y cultura rusa, del que tanto Carrère, como su madre, la escritora Helène Carrère d'Encause, son unos especialistas. Pero, como en el caso de este autor y sus historias que avanzan de forma desconcertante, como inquietantes bombas de relojería, poco a poco, esta minúscula vivencia se convierte en un angustioso relato filosófico, de género existencialista y metafísico. ¿Quién es realmente este desvalido personaje que clama por un bigote que siempre tuvo y que los demás le niegan? ¿Un loco furioso o una víctima de una refinada tortura, a modo de broma de mal gusto, orquestada por su mujer en confabulación con sus amigos e incluso con sus propios padres? ¿O más bien se trata de un despiadado manipulador de los demás, hasta hacerlos enloquecer y confesar culpas inexistentes? De nuevo, la maestría de Carrère en este cuento absurdo, y en principio irrisorio, es hacer crecer la tensión hasta el infinito, cambiando las tornas por completo. Lo que comenzó como un relato surreal y pirandelliano sobre la identidad, se convierte en un negro y cruento descenso hacia los infiernos de uno mismo, en la estela de un cuento de terror psicológico a lo Maupassant.

“Cuando me cuentan una historia me gusta saber quién me la cuenta”, diría Emmanuel Carrère en su insólita obra monumental, *El Reino*. Una obra de género mixto, difícil de definir, como ya viene siendo costumbre en un autor como él. Uno de los reyes indiscutibles de la *non-fiction* de altísima exigencia, así como de deslumbrante originalidad y fuerza literaria, de nuestros días. Más ade-

lante este mismo autor añadirá: “Me gustan los relatos en primera persona, algo que empleo en mis obras. Hasta sería incapaz de escribir un texto de otra manera. En cuanto alguien me dice <yo>, me apetece seguirle”. Nunca mejor aplicado para su propio caso. Se trata de un narrador nato que seduce, encadena y arrastra con sus historias de origen siempre sorprendente. Alguien que atrapa desde la primera línea y que cuenta como muy pocos en nuestros días historias no pocas veces chocantes, casi chirriantes y provocadoras precisamente por su alejamiento de todo canon y tendencia del momento previsible. Historias posiblemente juzgadas como poco interesantes por sus colegas, pero de las que Carrère, de prodigiosas y poco convencionales intuiciones, extrae puro oro literario.

Ahí estaría la genial recreación del caos postsoviético, de esa ferocidad rusa ingobernable e inclasificable, encarnada en personajes marginales y a la vez fuertemente atados a un sistema fuera de toda norma, como era el caso de su biorreportaje o novela enloquecidamente picaresca *Limónov* (2011, Premio Renaudot). O si no, su versión a lo Capote, en su impresionante obra *El adversario* (1999) de un horror tan corriente y banal como algunos pretendieron que fuera el Holocausto. En este caso se trataba de retratar a un exterminador doméstico que había asesinado a toda su prole. Un criminal sin apenas atributos, de monstruosidad desmesurada.

En todos los casos, como en las estremecedoras y cotidianas historias de dolor y de pérdida narradas en *De vidas ajenas* (2009), Carrère es siempre un escritor que nunca decepciona. Posiblemente, el francés más interesante actual, aparte del discutido, pero igualmente lleno de talento, Houellebecq, o de los algo mayores que él Pascal

Quignard y Pierre Michon, por citar algunos de los nombres mejores y más conocidos del momento. Por su parte, Carrère es un autor que no deja de lanzarse nunca al vacío de forma visionaria, iluminada, escoja el tema que escoja, planteándolo con las propuestas más arriesgadas y en ocasiones más desconcertantes. En la ocasión de su espléndida obra *El Reino* (2014, aparecida en español en Anagrama, como el resto de su obra), se trata nada más ni nada menos que de una profunda y minuciosa inmersión en los Evangelios y los orígenes del cristianismo, privilegiando sobre todo las figuras de Pablo de Tarso (o Pablo el Converso) junto al redactor, al fiel escribiente y evangelista Lucas, un “autor”, un documentador de momentos únicos y a la vez eternos de la Historia, con el que Carrère no pocas veces se siente identificado, casi hermanado.

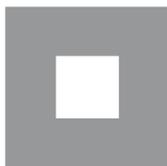
Porque esta historia asombrosa, misteriosa, hipnótica, de los orígenes de una cultura universal y más específicamente occidental (“comenzó hace 2000 años y no se ha interrumpido nunca”), desde que Pablo se cae del caballo y recibe una iluminación, sufriendo una crisis mística, es la misma que Carrère cuenta en su libro que le sucedió a él mismo. Algo que le serviría como espoleta narrativa veinte años después. Influidor por su madrina, una peculiar y devota católica; nacido en el seno de una célebre familia de intelectuales, escépticos y a medias practicantes; inmerso en los habituales ambientes cultos y agnósticos que ningunean todo lo que rezume a espiritualidad trascendente, con admoniciones nietzscheanas siempre puestas al día, Carrère protagonizaría de repente un ferviente periodo de conversión, asistiendo a misa y comulgando a diario, mientras redactaba interminables cuadernos de comentarios sobre los Evangelios.

Poco a poco, entre la autobiografía y un psicoanálisis descarnado no exento de implacables autoironías, mezclado con su ensayo historiográfico o comentario muy personal de la propagación de la nueva fe a partir de un “agitador desviacionista” como Pablo y su fiel discípulo Lucas, la obra de Carrère se convierte también en una atractiva reflexión sobre la novela como género. Sobre la fascinación que sienten fieles, lectores, seguidores, al oír ciertas historias. Es lo que haría Lucas el Evangelista, mencionado en las epístolas de su compañero de viaje Pablo, del que acaba siendo “casi su biógrafo”, como dice Carrère. Pero Lucas, antes que nada, es un narrador. “Estoy seguro de que hubo un momento en que Lucas se dice que esta historia debía narrarse, y que él iba a hacerlo. El azar lo había situado en el lugar indicado para recoger las palabras de los testigos”, escribe Carrère. Posiblemente médico, culto, de sólida educación griega (“que forzosamente conoce la *Odisea* y que habría aprendido como otros leyendo a Homero”) Lucas, el reportero, se lanza a una prolija investigación entrevistando a los que habían conocido a Jesús, entre ellos, los Apóstoles y María.

Pronto, como apunta Carrère, cada uno tendría su papel, se establecerán preponderancias, líderes y jefes “en los adeptos a la Vía en Jerusalén”, como se llamaba a aquellos primeros cristianos. Entre citas de Ernest Renan, de Séneca, del historiador judío Flavio Josefo, de San Agustín, de Simone Weil, Borges, Dostoievski, Philip K. Dick, San Francisco de Sales, San Juan, Lenin, Stalin, Edith Stein, Martín Lutero o el Maestro Eckhart, entre otros muchos, Carrère, con su gusto por las conexiones y analogías, actualiza sin cesar su lectura de lo sagrado y de aquellos tiempos primeros del cristianismo —tan sólo treinta años

después de celebrada la Santa Cena— para escándalo, es de imaginar, de más de un purista. Pero siempre sigue fiel a sí mismo: al estupor y asombro que produce su literatura laberíntica y adictiva. Ese mismo asombro que, una vez sufrido su proceso personal de desconversión, apunta de forma ambigua, paradójica y admirada al final de su novela autobiográfica o ensayo-río: “Lo que más me asombra no es que la Iglesia se haya alejado de lo que era originalmente. Por el contrario, es que se fije hasta ese punto el ideal de ser fiel a su origen. Ese origen nunca lo ha olvidado. Nunca ha dejado de intentar retornar a aquel punto de partida como si la verdad estuviese en él”.





Mentiras, simulaciones y verdades. Emmanuel Carrère: un no al pesimismo adolescente

Miguel Ángel Galindo Núñez

Todos los adultos hemos dicho alguna vez que la juventud es la mejor etapa de la vida, y muchas veces los adolescentes no lo aceptan; pero en el tiempo que me he involucrado con la juventud como profesor, tutor de grupo y compañero de idiomas, he descubierto lo difícil que es sobrellevar esta etapa, porque puedes llegar a tomar decisiones de las cuales te arrepentirás el resto de tu vida. Muchas veces, estos eventos afectan tu modo de ser, y otras, son tan drásticos que debemos modificar nuestra vida misma.

Por eso, cuando eres joven te das cuenta de que la vida no es lo que tú querías y que todas esas esperanzas que tenías de niño se van desintegrando poco a poco. Después te conviertes en adulto y recuerdas el momento de libertad y rebeldía que tuviste al escaparte de tus padres rumbo alguna fiesta, o —incluso— cuando respondiste en contra de algún profesor, y que, en medio de exabruptos, tuviste un reporte, pero todos te recuerdan como aquel que le contestó al peor enemigo de los alumnos. Este comportamiento es el más normal del mundo. No existe una persona que en su juventud no haya tomado la iniciativa de romper con todo el orden que le estaban obligando a seguir y que actúa de forma premeditada, con ganas de destruir lo que otros le imponían, de ser algo distinto, de ser el que cambiaría su propio destino y esculpiera el primer peldaño de lo que sería su escalera al cielo y a la perfección.

La pregunta es: como estudiante de bachillerato, ¿se busca en un futuro matar a sus padres y a su familia, contando a los niños pequeños? La respuesta moralista y que se respondería sin mayor dificultad, sería que no; pero hay una persona en el mundo literario que diría que sí. Son muchos ejemplos, pero el que quiero utilizar es un personaje: Jean-Claude Romand, protagonista de la novela *El adversario* del escritor francés Emmanuel Carrère. Él es un autor que ha cobrado auge gracias a la publicación de varios de sus libros y la adaptación al cine de muchos otros, en este caso, *El adversario* de 1999 tuvo su versión fílmica en 2002, ambas un deleite narrativo que cualquiera podría disfrutar.

Sin afán de hacer *spoilers*, y aunque parece que estoy dando anticipaciones de lo que pasará en la novela, así inicia el libro. Comenzamos con un cruel asesinato hecho por una persona fuera de sus cabales, pues matar a esposa, hijos y padres no es lo más normal de todo. Nosotros, como lectores, tendremos que descubrir por qué lo hizo, pero más importante es que descubriremos mucho de nosotros mismos gracias a lo que Emmanuel Carrère plantea en su novela. Y esto habla mucho de los jóvenes que estudian en niveles de bachillerato o superiores, y, sobre todo, en México.

La mentira

Todo mundo sabe de antemano que no hay una razón en específico para matar a alguien, y mucho menos si se trata de tu esposa e hijos. Toda relación conyugal se alimenta del amor y del respeto que se tienen mutuamente; pero en el caso de Jean-Claude Romand es distinto. El personaje se comporta con esta rebeldía propia de la adolescencia, y

—nosotros— somos espectadores de lo que ocurre, velado en esa cortina de inocencia, convirtiéndonos a todos sus lectores en cómplices del despiadado asesino.

La presión —como la fe— mueve montañas. Ahora, imaginemos que somos rechazados en la universidad. Realmente es un deshonor enorme, sobre todo si tienes en casa una dictadura familiar represiva, que, gracias a destinos geográficos, en México esto no sucede tanto.

No sé si saben la imperiosa necesidad de los japoneses por ser perfectos. Los vemos en los Olímpicos llorando por haber conseguido un segundo lugar. ¡Segundo lugar en todo el mundo! Si esto es un deshonor para ellos, cualquier fallo está más que justificado para causar deshonra a tu familia.

El 1 de septiembre salen las listas de admisión en el país nipón, y curiosamente es la fecha en la que se han registrado mayores suicidios. Según una noticia dada por la BBC —la mayor casa noticiosa de Inglaterra—, “En 2014, por primera vez, la causa de muerte más común entre los jóvenes de 10 a 19 años fue el suicidio”; y todo por esta razón: por no querer defraudar a la familia, por no ser el orgullo de tus padres. La tan simple e incomprendida frase de *Mulan*: “Deshonor, deshonor sobre toda tu familia [...] deshonrada tú, deshonrada tu vaca”, por más ridícula que suene —quizá porque en América Latina fue Eugenio Derbez quien le otorgó la voz— es una situación muy densa y traumatizante en oriente.

Es obvio que no somos orientales, y por más cercanos que nos sintamos al *anime*, al *manga*, o a grupos de pop japoneses y coreanos; pero México se acerca cada vez más a este nivel de exigencias. Apenas al salir de una carrera la juventud mexicana compite por puestos laborales deman-

dantes. Si no lo consiguen son *ninis* sin oficio ni beneficio o *milenials* que no quieren hacer nada por México, pero enfrentarse a la realidad es más complicado que reírse de todos en las redes sociales. En los trabajos, todos quieren cierto puesto: ancianos, adultos y jóvenes. Una pelea de generaciones donde no sabemos si el más joven debe obtener el trabajo, si el venerable se lo merece, o el adulto trabajador es la opción más simple.

Los mexicanos hemos sobrevivido a desastres naturales, y sabemos que si nos caemos nos podremos levantar; aunque, a veces, nuestra retorcida idea de lo que es correcto y lo que no nos orilla a cometer actos inesperados. Con esto me refiero a mentir. Mentir —además de ser un crimen, un pecado capital y una traición— se convierte en una poderosa deshonra a tu familia. Es una ignominia tan fuerte que, para salir de ella, en ocasiones necesitas seguirte hundiendo en la mentira hasta que no puedas salir más. Son las arenas movedizas que te van atrapando por cada movimiento que haces, pues te hunde más a cada instante. Es la desesperación y la pérdida.

¿Vivir una mentira o suicidarse? Creo que ninguna de las dos es una opción simple. Creo que tomar sus precauciones y aprender del error puede ser mejor. Somos humanos y aprendemos de nuestros fallos. Y aunque todos mintamos —al menos poquito— sabemos que hay cosas que no pueden fingirse. ¿Qué dicen los japoneses en torno a acabar con tu vida? En esta misma nota de la BBC, el periódico anuncia que las bibliotecas, como el caso de Kamakura, tratan de solventar desapego a la vida con *tuits* como:

El segundo semestre está a punto de empezar. Si estás pensando en suicidarte porque odias tanto a la escuela,

¿por qué no vienes a vernos? Tenemos historietas y novelas ligeras.

¡Bien hecho, Kumakura! En tus intentos por salir adelante has apoyado mi idea. Porque el único modo en que podemos aprender un poco más de la vida, es leyendo. Parece cartel de escuela primaria; pero hay que considerar muchas cosas a favor de esta tesis.

“La desesperación no se quita leyendo”, dirán muchos; a pesar de todo, creo que los que dicen esto nunca han leído el libro correcto, y mucho menos a Emmanuel Carrère, quien nos enseña lo mucho que sufrió Jean-Claude Romand a lo largo de su vida. Jean-Claude nos relata la urdimbre y cómo se tuvo que revolver para ser lo que era. ¿Y esto me sirve? Cada uno debe valorarlo.

Nadie pensaría en vivir en la universidad, dándose la vida de un bohemio en los pasillos y fingiendo ser lo que no se es. Imaginémonos: platicando de lo bien que le va en clases, y ante la menor pregunta, sacar la vuelta y dar una respuesta genérica y bien practicada. Miras a todos, charlas con algunos y —algo se te ha de pegar— dices conocer perfectamente los sistemas y herramientas propios de la medicina. No es un alumno, sino un observador furtivo, una persona que acosa la realidad, alguien esperando en las sombras para robar la identidad de todos aquellos alumnos en tiempo y forma. ¿Somos así? ¿Acaso nuestra balanza de lo correcto se ha desequilibrado? ¿O es que nuestra sociedad ha cambiado las leyes de lo que es correcto y lo que no? Si el culpable es otro, me sería más simple acusarlo y decir que fui empujado a las mentiras, al matrimonio, a los hijos, a una farsa de trabajo: a la mitomanía.

Si no conocen esta palabra, “mitomanía” es un concepto de lo más interesante. Así como su nombre indica, es esa manía, esa necesidad enfermiza de mentir, de decir mitos y engañar a todos. Es crear nuestra propia verdad y que —de tanto repetirla— comience a cobrar vida en nuestras propias y retorcidas mentes. Es una visión distorsionada de la vida, de tu propia vida y, a veces —para los que no saben cómo salir de problemas—, el único camino para superar los problemas.

Sin afán de parecer evangelizador, ni de que este mensaje se vuelva medianamente religioso, la novela de Carrère habla del mal prístino: de Satán, y sobre todo de lo que no debemos hacer. ¿Notaron algo en el título? Se llama *El adversario* porque hace referencia al denominado “maligno”. ¿Quién es Satán sino la misma entidad que se dedica a engañar para acabar con todos? Es la serpiente que arrastrándose a Eva le dio la manzana y la condenó a ser menospreciada por los siglos de los siglos como un sexo malvado, es la que se coló entre las ramas del Árbol del Conocimiento hasta generar la mentira más grande de la historia y de la que aún tenemos —según la Biblia— la marca en nuestra garganta. El mito cristiano nos orilla a interpretar esos engaños como algo negativo y —aunque lo son— devaluamos el daño que pueden causar, porque “el cielo no es para nosotros”, o porque no nos importa “hacer llorar al niño Dios”. Desde este cariz, el ser o no creyente, puede afectar la moral de la persona, aunque no todos los católicos son buenos ni todos los ateos son malos.

Carrère sabe mostrar de un modo sorprendente cómo la mentira puede dañar de tal modo a una persona, cómo un engaño simple acaba con la vida de alguien si no se sabe reparar. Son mentiras que, el despreciable —y admirable a

veces— Jean-Claude Romand, del cual sabemos a viva voz por qué lo hizo.

Volviendo a la idea de la mitomanía, muchas personas son tentadas a hacerlo porque la realidad que nos toca vivir parece ser detestable. El mexicano Octavio Paz, Premio Nobel de literatura, habla en *El laberinto de la soledad* de que los mexicanos usamos máscaras que nos limitan y nos obligan a transformarnos. Todos portamos una máscara específica en cada etapa de nuestras vidas: una máscara de hijo, una máscara de alumnos, una máscara de compañero y, aunque podamos sufrir muy en el fondo, la máscara tapa muy bien a las personas que las usan; si ellos no quieren que se note su dolor, nadie lo notará, por más psicólogos o más expertos que sean. Y esto es lo más importante del libro: el único camino que nos queda para aceptar esta horrible realidad en la que vivimos es tolerando y continuando en este mundo.

La simulación

Todos hemos caído en la necesidad de encajar en la sociedad. Como hijos tenemos esa exigencia que nos motiva: nuestros padres nos mantienen, nos dan casa, comida y en otras nos pagan el transporte para ir a estudiar. Ellos tienen una expectativa de lo que debemos ser, y —sobre todo— de lo que necesitamos realizar para ser aceptados por ellos, por toda la familia y que —en consecuencia— den a conocer nuestros éxitos.

¿No es muy mexicano recibir buenas noticias en las reuniones familiares? Las carnes asadas en la casa de la abuela generalmente están rodeadas de los chismes y habladurías de nuestra madre acerca de nuestro perfecto

hermano mayor quien tiene sus méritos, y uno —como siempre— no merece el crédito de haber pasado con 100 un examen con un profesor sumamente represivo y de malos tratos, ese mismo al que le gritaron un exabrupto en la secundaria donde antes trabajaba. Estas reuniones parecen pasarelas, pues se presumen novias, viajes, carros, diplomas, y a nosotros —los que no tenemos nada— sólo nos queda vivir de la ilusión.

Algunos padres son crueles, no se va a negar. A veces son las figuras del ogro a punto de atacar a la pequeña princesa resguardada en su torre de marfil. Y se ha sabido en noticias, de la BBC, de Televisa y de todo el mundo, de padres horribles que le hacen cosas aún peores a sus pequeños; eso no quiere decir que todos sean así. Hay padres excelentes que salvan de un golpe a sus hijas poniendo el brazo como escudo, se fracturan el brazo, pero lo hacen por amor. También hay padres que en su afán de excelencia causan estrés a los jóvenes. ¿Estrés a los 16 años? Ridículo pero cierto. Parecería que hoy en día todos necesitamos del estrés para sobrevivir, como si fuera una aplicación instalada por defecto, como si fuera una reacción de Facebook o un botón en YouTube, y todo porque no sabemos cómo tratar a nuestra propia familia. Pues hay que ir empezando a *hackear* el sistema de la vida, *bootear* todo lo necesario para que estas aplicaciones vayan saliendo de nuestra vida, harán todo más rápido y tendremos más espacio para cosas más importantes.

¡Alto aquí! No le echemos la culpa a los padres. Trate-mos de romper ese silencio y aceptar nuestros problemas, sin ser groseros o rencorosos, sino hablando y expresando lo que tenemos tras esa máscara. Revelemos la verdad y dejémonos de simulaciones tontas que no nos llevarán

más que al fracaso. Todo lo que pasa en nuestras vidas debe ser hablado, debe ser confesado, romper el silencio que nos ha reprimido, sin importar lo que diga el mundo, sin importar lo que diga la juez en el tribunal.

Jean-Claude Romand es culpable, no nosotros.

Jean-Claude Romand merece la cárcel, no nosotros.

Jean-Claude Romand se equivocó, ¿y nosotros?

La obra de nuestro escritor francés Emmanuel Carrère está descrita como de “no ficción”. Y es bueno saber que hay una intimidación muy fuerte con la realidad. Es donde una de las figuras que tanto odian los adolescentes: la autoridad, hacen aparición.

No sé si recuerdan haber estado en una materia —sobre todo de Español— y descubrir que tenías una lectura de un libro sumamente aburrido para dentro de una semana o dos. Si el profesor era considerado un buen maestro, este libro tenía una utilidad más allá de subrayar sustantivos y verbos, o mirar el uso del subjuntivo. Aún conservas ese libro, y no sabes por qué, pero estás seguro de que no sólo tenía un mensaje “bonito” o “llegador”.

Los buenos profesores de Lengua y Literatura están comprometidos con la educación y la formación crítica de sus estudiantes y se nota desde el momento en el que llegan al salón preguntando por la opinión de ciertos eventos actuales. Buscan crear criterio en sus chicos. Son los maestros que no dejan lecturas tontas, sino lecturas que aprovecharán y que seguramente los alumnos recordarán con gusto, por más marcas rojas de acentos que haya dejado en sus ensayos sobre esa misma lectura.

Si de mí dependiera, nadie leería *El Quijote* en su juventud. En lo personal es una novela imposible para un lector inmaduro. Empero, algunos profesores creen que *El*

Quijote leído y comentado será la salvación de ignorancia en que nos hemos sumergido al leer menos de dos libros por año. Creen que sólo con leer todos verán la realidad desde una nueva perspectiva, y que —ellos mismos— renuevan la educación de México. ¡Patrañas!

Los buenos profesores de Español causan crisis en sus alumnos, destruyen su interior y dejan una sensibilidad agonizante dentro de las personas. En definitiva, dejan de tarea leer a Emmanuel Carrère, porque en sus historias encontramos personajes crueles, y en sus errores, en sus traumas psicológicos y en la cruda realidad que nos muestra, los alumnos aprenden, aprenden las consecuencias de lo que podría pasar si siguen alimentando el fuego de sus errores.

Hay un compromiso del profesor que pide leer esto: enseñar que simular te genera problemas, que no puedes dejar de prestar atención a lo que pasa a tu alrededor, y que una parte importante de todos nosotros es la verdad, la verdad que pelea con *El adversario*.

La verdad

Todos los profesores de Español buscan que sus alumnos lean para que aprendan lecciones de vida. Si se lee *El lobo estepario* es para que sepan por qué a veces se sienten tan iracundos en su interior y por qué no es bueno que salga ese lado salvaje. Si leen *El cuentacuentos* es para aprender la difícil vida de una chica enamorada del mal ejemplo, y necesita —igual que todas las personas que están en una relación así— tomar sus precauciones. Si se les deja leer a Emmanuel Carrère, será para que ellos mismos entren en crisis moral y se den cuenta de que lo que están haciendo no siempre les llevará a un final feliz.

Simular una vida no es la mejor idea. El conocimiento no se aprende por ósmosis; al tocar los libros cada mañana y ponerlos en la mochila o estar sentado en una banca, no aprenderás. Estudiar el último día de clases es a veces tan poco productivo como haber desperdiciado tu vida en una banca sin hacer nada. Si ya tienes que ir a la escuela, hay que aprovechar el tiempo y ver si se te pega algo.

La suerte es un factor para conseguir algo; pero no para mantenerlo. El caso de Jean-Claude Romand nos muestra que puedes tener todos los contactos que quieras, pero de nada servirá si no sabes hacer las cosas, si no puedes mantener tu puesto laboral, si no puedes demostrar que el tiempo de escuela fue usado en algo provechoso. Finalmente, cada uno habla de cómo le fue en la feria. Y si no fuiste, pero presumes que sí lo hiciste, no podrás hablar de nada.

El adversario es sólo una de las obras de Emmanuel Carrère. Supone un hecho verídico, pues alega haber entrevistado al verdadero Jean-Claude Romand. Pero, así como parece, no es la única, ni la última. El autor sigue vivo, y tanto así que en 2017 es premiado con el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances. ¿Sus aportaciones al mundo de la literatura? Muchas.

Un hombre se rasura el bigote por jugarle una broma a su esposa. Todos sabemos que tenía bigote, pero cuando llega la esposa y sus amigos, nadie nota el cambio, porque todos alegan —aunque haya fotos demostrándolo— que nunca lo tuvo. ¿Quién es el loco? Este tipo de libros que nos descomponen y nos causan una intriga policíaca son los que nos hacen reflexionar sobre lo que estamos viviendo, y las simples apariencias de verdad y mentira. Todos los que busquen estudiar algo de filosofía o letras deberían leer *La*

moustache, traducido en español como *El bigote*. Si desde el título les causa intriga que en francés se escriba “bigote” como femenino, es porque Carrère les llama a leerlo.

Otras más son sus obras, que nos cuentan desde la crónica de la Segunda Guerra Mundial, o la historia de un grupo de jóvenes en la nieve que guarda una terrible violación. Muchas son las obras de Carrère y —no por nada— se le entrega este importante premio. Creo que si uno tiene tiempo de sobra —el mismo que usan para Facebook y YouTube—, puede leer algo de este escritor, que para ser francés —ya saben los prejuicios hacia los franceses— no tiene palabras complicadas, o paisajes desconocidos, no tiene nada con lo que no podamos enfrentarnos desde nuestra realidad.

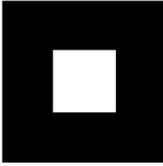
Si queremos compartir la experiencia, si queremos aprender de toda una vida sin vivirla sin humillaciones y sin problemas: Emmanuel Carrère.





Fotografia de Maria Teresa Slanzi

Muestra de obra
Emmanuel Carrère



Calais (fragmento)*

Emmanuel Carrère

Traducción de Laura Salas

1

Por sorprendente que parezca, el hotel Meurice de Calais es la empresa matriz del célebre palacio homónimo parisino, y no al revés. Esta antigua casa de postas es incluso el ancestro de la hotelería de lujo en Europa (un lujo hoy algo decadente, pero que durante mucho tiempo sedujo a los turistas ingleses por un precio razonable). El problema es que los turistas ingleses, como les dirá cualquier comerciante calesiense, han puesto pies en polvorosa por miedo a los migrantes y, en general, al caos que se ha apoderado de la ciudad. Al señor Cossard, el propietario, le gustaría vender el negocio; pero, por desgracia, en Calais no se vende nada. Tampoco le importaría hacerse con la clientela de la Compañía Republicana de Seguridad, fuerzas especiales de la policía, que ha desplegado a al menos mil ochocientos agentes por los alrededores del túnel y del puerto; es un chollo para los encargados del Ibis, del Novotel o del Formule 1, pero la gente que tenía que decidir la cuestión en el ministerio debió de considerar que la decrepitud burguesa del Meurice, su papel pintado descolorido, sus divanes chirriantes y sus oropeles polvorientos no casaban bien con la ruda misión de las fuerzas del orden. Pese a todo, han apa-

* Agradecemos a Editorial Anagrama por el permiso para publicar este fragmento del libro *Calais*, 2016.

recido nuevos clientes desde hace unos meses: la mitad son periodistas, la otra mitad cineastas y artistas llegados de toda Europa para dar testimonio del infortunio de los migrantes. A ratos, parece que uno estuviera en el legendario Holiday Inn de Sarajevo, donde en lo más duro del asedio se alojaban todos los corresponsales de guerra. Cada uno, después de desayunar, se planta un anorak cálido encima del chaleco con bolsillos, coge la cámara y se monta en el coche alquilado en el Avis de la plaza de Armes para ir a la Jungla como quien marcha al frente.

2

Yo, por mi parte, no voy a la Jungla; todavía no. Me quedo en la ciudad. Y esta mañana, antes de salir, me han dejado en recepción una carta cuyas primeras líneas rezan:

No, ¡usted no!

Esta tarde era Laurent Cantet, la semana pasada Michael Haneke, también se ha visto por aquí a Charlie Winston, así que no, señor Carrère, ¡usted no! Es lo que decimos aquí: estamos hartos de los famosillos, perdone la expresión, que vienen a hacer el agosto a Calais y nos toman a los que estamos encerrados entre sus murallas por ratas de laboratorio. ¿Qué viene a hacer aquí usted? ¿Quince días entre *El Reino* y su próxima obra para dormir en el Meurice, escribir unas cuantas páginas en la revista XXI y contar su versión sobre nuestra ciudad? Ya ve usted que digo “nuestra ciudad” como si me sintiera ya calesiense. ¿Sabe usted, señor Carrère, que en los tres años que llevo en este agujero no he recibido menos de una petición por semana por parte de gente del exterior que, como usted, quería escribir, grabar, contar

desde un micrófono lo que habían visto, creyendo que lo haría mejor que los demás, quizá queriendo saciar seguramente la imperiosa necesidad del Comentario Personal? Calais se ha convertido en un zoo y yo en una de sus guardianas. Ya me conozco el circuito, así que me pregunto: ¿en qué trampas caerá usted? ¿Qué aire irá a olisquear? ¿El del Channel (lo he visto por allí)? ¿El de La Betterave (también lo he visto por allí)? ¿El del Minck (donde, por supuesto, lo han llevado a estrechar unas cuantas manos)? No lo sé, no consigo aclararme las ideas, pero de lo que estoy segura es de que su empresa será un fracaso de cualquier modo.

Y así ocho páginas, más tristes que crueles, muy bien escritas y firmadas por un nombre que tiene pinta de seudónimo: Marguerite Bonnefille. Tras haberlas leído, me dirijo con paso forzosamente pensativo hacia el café Minck. A pie, lo cual no es demasiado corriente en un departamento tan pobre cuyos principales ingresos fiscales provienen de la matriculación de automóviles. Subo por la calle Royale, arteria principal de Calais-Norte (Calais-Norte, que es prácticamente una isla, aunque hasta el siglo XIX era simplemente Calais). A la calle Royale la llaman “la calle de la Sed” por la cantidad de bares que la jalonan, bares en los que se forman unas peloterías tremendas los sábados por la noche. Por la mañana, los bares están cerrados y una parte de las tiendas también, aunque estas últimas no tienen perspectiva de volver a abrir, para empezar porque cada vez hay menos gente en Calais para comprar nada, y luego porque las compras, pero también las salidas de ocio, el cine cuando da para ir y todas esas cosas se hacen en la Cité Europe, el gran centro comercial que se halla cerca de la entrada del túnel, en la localidad vecina de Coquelles. La Cité Europe, el

túnel: todo parece conspirar para que el Calais de intramuros no sirva ya para nada. Bueno, siempre queda el puerto, en el que desemboca uno tras cruzar la plaza de Armes.

Esta explanada ventosa, igual que el resto de la ciudad, la reconstruyó después de la guerra un arquitecto que, tras hacerse famoso en Toulon y Casablanca, le confirió un toque mediterráneo en bastante poca consonancia con el clima; está adornada con dos estatuas que representan al general De Gaulle y a su mujer Yvonne (que, según me dicen, era de Calais). Sobre estas estatuas, unos días después de mi partida, aparecerá la pintada *Nik la France* (“Que le den a Francia”), atribuida a los misteriosos No Borders, activistas sin nacionalidad, sin estructura y sin jerarquía, muy presentes en la Jungla, idealistas y entregados a su manera, pero que aquí tienen un poco la reputación de ser unos *trolls* malvados que aprovechan cualquier oportunidad para liarla. En fin. El puerto de Calais es el primero de Francia y el segundo de Europa, después del de Dover, en cuanto a transporte de pasajeros, y ha sido durante mucho tiempo el principal creador de empleo de la ciudad, junto con la manufactura del encaje. Todavía no ha dicho su última palabra: un ambicioso proyecto que lleva el nombre de “Calais 2015” (no muy avanzado, la verdad sea dicha, para estar a principios de 2016) prevé que se dupliquen su superficie y sus actividades. Pero los competidores del túnel y los incidentes cotidianos con los migrantes le han supuesto un serio revés. Dichos temas salen una y otra vez en las conversaciones de los parroquianos del café Minck, donde, como bien adivinó Marguerite Bonnefille, me llevaron nada más llegar. Mis cicerones eran un periodista de *La Voix du Nord*, Bruno Mallet, y su mujer, Marie-France Humbert, asalariada de *Nord Littoral* (lo que equivale a trabajar respectivamente para Capuletos y Montescos, porque

ambos diarios, a pesar de pertenecer al mismo grupo, andan siempre a la gresca). Por lo demás, todo el mundo se reconcilia gracias al vino *muscadet* en el café Minck, uno de los lugares más cálidos de Calais y también del mundo, diría yo. La clientela es en conjunto mayor: jubilados de la Marina, de la pesca, de la Cámara de Comercio, del sindicalismo portuario, y espero que no se me malinterprete si digo que en el café abundan unas jetas que llenarían de alborozo a un director de casting encargado de reclutar gente para una película nostálgica creada con el fin de celebrar la aristocracia proletaria de antaño. Lo más llamativo, no obstante, no es la extraordinaria concentración de caras estupendas, bordeadas de canas, enrojecidas, cándidas, ni el hecho de que esas caras estupendas sean en una proporción que ignoro caras de votantes del Frente Nacional, sino la costumbre que instauraron hace quince años Laurent y Mimi, los dueños, que dicta que todo aquel que cruce la puerta del Minck (por la cual se cuela un gran soplo de viento marino) debe, antes de pedir su consumición, pasar por todas las mesas del bar para darles la mano a *todos* los clientes presentes, los conozca o no. Aunque mi carácter tiende a reservado, yo mismo he adoptado la costumbre de dar veinte o treinta apretones al entrar, y estaba felicísimo hasta que mi amiga por correspondencia me hizo darme cuenta de que al hacerlo me estaba comportando como el turista que se mueve por París en *bateau-mouche* y pasa las veladas en el Moulin Rouge.

3

¡Pues sí! Por la mañana voy al Minck a tomar el café, y por la noche me soplo unas cuantas cervezas en La Betterave, que es una especie de bar de moda de Calais-Norte:

una filial del Channel, del que hablaré pronto. En la barra de uno y otro he podido comprobar la verdad del cliché que dice que la gente del norte es tan cálida y hospitalaria como opresivo es su clima. Es como lo de los rusos: dicen que son borrachos, sentimentales, exagerados... y es verdad. Desde que recibí la carta, sin embargo, miro todas las caras sospechando que puedan ser la de mi misteriosa amiga por correspondencia, que, escondida, alerta, me escucha declamar la pequeña cancioncilla sobre lo que he venido a hacer aquí con una sonrisa amarga.

“En cuanto al Comentario Personal”, escribe, “el ángulo que elige usted es original, eso se lo admito. Hablar de Calais sin sus migrantes, hablar del resto —si lo he entendido bien—, para variar. Juega usted a sorprender, ¡felicidades!” Es usted injusta, Marguerite Bonnefille. No digo que quiera hablar de Calais “sin sus migrantes” (¿por qué no de Varsovia en 1942 sin el gueto?), solo que quiero volver la vista a la ciudad y sus habitantes. Todos mis interlocutores aprueban calurosamente tal intención: “Es verdad”, me repiten. “Estamos hartos de que hablen de nosotros solo por eso. Y además estamos hartos de no hablar más que de eso nosotros también”. Tras lo cual, es inevitable, nos ponemos a hablar de eso. Algunos de modo bien categórico, pero muchos diciendo que lo peor es no poder escapar de verse al final obligado a definirse como “promigrantes” o “antimigrantes”. Es el caso Dreyfus perpetuado: ¿se acuerdan del dibujo de la comida en familia de Caran d’Ache? En la primera imagen, el anfitrión dice: “Por favor, no hablemos de ello”; en la segunda imagen se ve la mesa destrozada, a los comensales matándose entre sí y la leyenda reza: “Han hablado”.

4

“Promigrantes” y “antimigrantes” son expresiones extrañas. Promigrantes no hay, en el sentido de que nadie es partidario de tener a las puertas de una ciudad de setenta mil habitantes una población de siete mil infelices desesperados, durmiendo en tiendas de campañas, entre el fango, pasando frío, y que según el carácter inspiran inquietud, compasión o mala conciencia. Y antimigrantes, en el sentido extremo de gente capaz de exclamar “¡Que los ahoguen!” o “¡Que se vuelvan a su casa!” (lo que en muchos casos vendría a ser lo mismo), sí que hay, he conocido a algunos, pero no es algo tan frecuente. Mucha gente dice que la cosa iba bien cuando eran solo “los kosovares”, que llegaron en los años ochenta, al final de las guerras en los Balcanes, de modo que sobre todo los viejos llaman así a todos los extranjeros en situación irregular. Entonces no eran más que unos centenares, a eso se adaptaban. Pero ahora que están también “los siberianos” ya es demasiado. Eso de “los siberianos” me lo soltaron dos veces. Tardé un poco en entender que se referían a los sirios, y en el mismo saco metían a kurdos, afganos, eritreos, sudaneses, y a todos los que llegaban, a millares ya, de un Oriente Próximo o de un África del Este que la televisión muestra cada día envueltos en sangre y fuego, de modo que se comprende que los pobres desgraciados quieran huir, pero sería preferible que se detuviesen en otro lugar que no fuesen nuestros jardines. Que haya que acogerlos, vale, pero ¿por qué aquí? ¿Por qué en Calais, donde ya cuesta salir adelante sin eso? Nadie está encantado con la engorrosa presencia de los migrantes; los propios migrantes están desesperados de estar aquí; solo los antimigrantes la toman con ellos di-

rectamente —con una buena dosis de racismo, para ser sinceros—, mientras que para los promigrantes el problema es del Estado, de Europa, y sobre todo de Inglaterra, adonde todos quieren ir, y que no quiere saber nada de ellos, y que nos ha hecho la jugarreta de poner la frontera en nuestro territorio y encargarnos que la vigilemos. Esta estafa recibe el nombre de Acuerdos de Touquet, e incluso a la gente que llama a los sirios “siberianos” le suena de algo lo de los Acuerdos de Touquet.

5

El objetivo de los Acuerdos, firmados en febrero de 2003, es armonizar la política migratoria de Francia e Inglaterra, y, de hecho, asigna la vigilancia de las fronteras francesas a los ingleses y la de las fronteras inglesas a los franceses. Sobre el papel, tal simetría ofrece un aspecto armonioso, en efecto. El problema es que ningún migrante intenta pasar de Gran Bretaña a Francia (uno de los países de Europa considerados menos deseables), mientras que cada año millares de ellos intentan, por todos los medios y a menudo arriesgando la vida, pasar de Francia a Gran Bretaña, donde la legislación laboral es más flexible, los controles de identidad menos frecuentes, las comunidades extranjeras están más unidas, y cuya lengua hablan mejor o peor muchos de los migrantes, además. El resultado concreto de los Acuerdos de Touquet se observa cuando se sale de la autopista 16 para tomar, al este de la ciudad, la circunvalación que conduce al puerto y a la terminal de los ferris. Nos hallamos en una película de guerra o en un videojuego posapocalíptico. Hay decenas de furgones de las fuerzas especiales de policía aparcados en el

corredor de emergencia vigilando, desde abajo, el mayor barrio de chabolas de Europa. Cuando cae la noche, jóvenes con anoraks y gorros de lana que sobreviven en ese barrio de chabolas asaltan la circunvalación probando todo tipo de maniobras (lanzamiento de ramas de árbol o de carritos de supermercado) para distraer a los policías y frenar el tráfico a la vez, con la esperanza de trepar a bordo de un camión. Hay numerosos accidentes, en ocasiones mortales; incluso quien consigue subirse a uno tiene escasísimas posibilidades, porque los controles en el puerto son de lo más sofisticado: perros, infrarrojos, detectores de calor y de latidos del corazón. Es una pesadilla para todo el mundo: para los migrantes, para los policías, para los camioneros y para los conductores, que tienen miedo, bien de que los agrede un migrante, bien de atropellar a alguno: otra versión, más básica, de la oposición entre anti y pro. Los coches avanzan entre dos murallas de verjas blancas de una altura de cuatro metros coronadas con alambre de espino y cuchillas incrustadas (el modelo conocido como “concertina”). Las verjas le han costado quince millones de euros al gobierno británico (es su contribución, Francia por su lado provee la fuerza humana), y se extienden también por el lado oeste de la ciudad, junto al túnel, que es la otra vía de acceso posible a Inglaterra. Todo el paisaje, antes surcado por valles, cuajado de árboles, frondoso, se ha transformado en un foso gigantesco. El otoño pasado, la empresa Eurotunnel hizo talar cien hectáreas de árboles para impedir que los migrantes avanzaran a cubierto y facilitar así la labor de las cámaras de vigilancia: allí ya no se esconde ni un conejo. Unos meses más tarde, por miedo a quedarse corta, inundó toda la zona. Como dice Bruno Mallet: si pudieran poner también cocodrilos, los

pondrían. El cielo, el cielo suntuoso y cambiante de la costa de Ópalo, reina sobre todo aquello, surcado de helicópteros. Los girofaros giran sin tregua, las sirenas mugen, los hombres persiguen a otros hombres. No quiero echarle la culpa a Eurotunnel, que debe proteger su tráfico, no sería capaz de decir quién es el principal responsable de esta situación: el Estado francés, que no hace lo que debería hacer, Inglaterra, que coge de Europa lo que le conviene y nos deja que nos las arreglemos con el resto, o el presidente Bush, que al invadir Irak prendió fuego a un Oriente complicado; no me olvido de que mi objetivo son los cale-sienses, no los migrantes (si se me olvidara, Marguerite Bonnefille se encargaría de recordármelo), pero era necesario pintar el decorado para comprender que en Calais cuesta un poco pensar en otra cosa.

6

Y sin embargo se intenta pensar en otra cosa: el trabajo, los niños, los amigos. Se intenta llevar una vida normal. Me pregunto cómo sería esa vida normal para mí si en lugar de pasar dos semanas como periodista me tocase vivir en Calais durante unos cuantos meses o unos cuantos años. “¡Quince días, señor Carrère, quince días! ¿De veras cree que va a conocer Calais en quince días? Pues yo le digo que haría mejor en quedarse a vivir un tiempo y escribir un libro”. Le presto atención al consejo, quizás encuentre su camino. Mientras tanto, me pregunto cómo me haría un hueco aquí si viviese en Calais, qué lugares y qué gente frecuentaría. La respuesta es fácil, mi amiga por correspondencia tenía pocas oportunidades de equivocarse: al principio, al menos, frecuentaría el Channel. Este in-

menso local, creado por un animador cultural calesiense, Francis Peduzzi, e instalado en el antiguo matadero de la ciudad, al borde de la autopista, cuenta con un prestigioso estatus a nivel nacional, con las subvenciones que acompañan a dicho estatus, y con la pretensión, justificada, de ser un “lugar de vida”. Vastos edificios de ladrillo rojo, parquet industrial, salas de espectáculo, librería, restaurante, sillones y sofás cómodos... El Channel, dentro del cual uno podría creer fácilmente que está en Nueva York o Berlín, es una comunidad. Todo el mundo se conoce y se da besos: el equipo, los habituales, pero también, hay que destacarlo, los alumnos del instituto de al lado, que van allí a hacer los deberes. Es el pulmón *arty* y bien preparado de una ciudad desheredada y dividida. También es, cabe suponer, el bastión más sólido del partido promigrantes de Calais. Allí se reúnen de manera informal las asociaciones de ayuda a los migrantes los miércoles (al mismo tiempo que los vendedores de productos biológicos); hay jóvenes *cool* y desenvueltos siempre listos para guiar a los artistas parisinos por la *Djeungueule*, porque en el Channel no se habla de la Jungla (*Jungle*), sino que lo pronuncian *Djeungueule*, que es más guay: pronto me di cuenta de que decir “la Jungla” es un poco como decir “israelita” en vez de “judío”, o como eso que hacía la gente de derechas de llamar “Mittran” a Mitterrand.

7

En el Channel hay una excelente librería perteneciente a la editorial Actes-Sud y que dirige Marie-Claire Pleros. Marie-Claire es una mujer guapa, seria y dulce, con una voz muy bonita: todo el mundo le tiene cariño. Me

ayudó mucho al principio de mi estancia, me presentó a alguna gente que me abrió su casa y cuyos nombres tengo ganas de escribir: Dominik y Marie-Claire Richard-Multeau, Jean-Louis y Annie Bougas, Pierre-Yves y Mimi Chatelin. A la escala de Calais y de su 13% de paro, son privilegiados y tienen conciencia de ello, pero estamos lejos de las “doscientas familias” (expresión acuñada por Édouard Daladier, presidente del Consejo de Francia y miembro del Partido Radical, en cuyo congreso de 1934 la empleó para referirse a los doscientos accionistas principales del Banco de Francia como dueños de la economía francesa). Auditor de cuentas, maestra, director del complejo vacacional VVF de Sangatte (una ciudad costera que desde el punto de vista turístico ha sufrido mucho con la publicidad, pero ahora todo Calais se enfrenta al mismo problema), profesor de educación física jubilado desde hace poco que, tras hacer varias veces la Ruta del Ron, prepara la vuelta al mundo en velero (él prevé cuatro o cinco años, y su mujer se ríe con ternura: con uno o dos bastará...). Lectores de la revista *Télérama*, habituales del Channel, votantes impenitentes de izquierdas, inculcan esos principios a unos hijos extraordinariamente abiertos y cordiales, que cursan estudios de calidad en Lille o París y que, aunque quisieran, saben muy bien que no podrán vivir donde nacieron porque no hay trabajo y posiblemente nunca lo habrá. Viven en el barrio de Saint-Pierre, la antigua localidad de Saint-Pierre-lès-Calais, que se desarrolló en el s. XIX gracias a la industria del encaje. Las fábricas y las casas de los obreros se instalaron allí porque los burgueses de Calais (que aún no se llamaba Calais-Norte) no querían que los molestase el jaleo de los telares Jacquard o Leaver, que funciona-

ban veinticuatro horas al día. La gente de la edad de mis anfitriones, que es la mía también, la cincuentena larga, recuerdan con todo el cuerpo aquel ruido tan agotador que sin embargo les produce nostalgia. Se ha apagado. El encaje, que antes de la guerra empleaba a alrededor de veinte mil personas, y aún a cinco mil hace veinte años, ya no da trabajo más que a cuatrocientas. Del centenar de fábricas solo siguen funcionando cuatro. De los edificios de las demás no quedan más que armazones de ladrillo deshuesados y ennegrecidos con patios invadidos de óxido y malas hierbas ideales para ser ocupados: ahí se guarecían los migrantes hasta que los expulsó el Ayuntamiento el año pasado para apiñarlos en la Jungla, donde molestaban menos a los calesienses, o eso creían. Para que no se vieran tentados de volver, cegaron todas las puertas y las ventanas. En las calles de este barrio antaño alborotador e industrial, se venden dos de cada tres casas. Las que no están vacías, las dividen los propietarios (que a su vez se han mudado a los pueblos vecinos y más plácidos de Marck o de Coulogne) en minúsculos apartamentos que alquilan a través de los servicios municipales a los beneficiarios de prestaciones sociales. Tras las contraventanas cerradas o las persianas metálicas echadas no se ve ninguna luz. Avanzamos por calles desiertas, cenicientas, en una mezcolanza entre toque de queda y estado de sitio. Todo eso hace aún más dulce la sensación de calor y alivio cuando se abre una puerta amiga. Esas casas, de las que con seguridad sería un habitual si viviese en Calais, dan la impresión de cabinas a bordo del Titanic: llenas de libros y discos, con cocinas rutilantes y citas enmarcadas en los baños de Edgar Morin, Stéphane Hessel y Pierre Rabhi, gran figura del altermundia-

lismo, apóstol de la disminución del crecimiento cuya teoría del colibrí me explicaron en torno a una bandeja de quesos suntuosamente malolientes: *maroilles*, *boulette d'Avesnes*, grandes clásicos del norte. Se declara un incendio en el bosque; todos los animales emprenden la fuga, pero el colibrí vuela solo hasta el río, llena de agua el pico minúsculo y se vuelve a marchar a aletadas rápidas para verter el contenido sobre el fuego. Se pasa todo el día yendo y viniendo, y cuando un hipopótamo le hace ver que es irrisorio echar unas gotitas de agua sobre las llamaradas, el colibrí responde: "Quizá, pero yo hago mi parte". La parte del colibrí, para mis amigos calesienses, consistía en llevar comida, mantas y ropa a los migrantes cuando aún vivían en casas ocupadas del centro, en hablar con ellos, y ahora que los han evacuado a la *Djeun-gueule*, en hacer más o menos lo mismo pero con menos frecuencia. Además se hacen reproches, se preguntan con angustia si habrían tenido valor durante la Ocupación, querrían comprometerse más (exactamente igual que yo, que en mi barrio parisino tengo a todos los afganos y kurdos que harían falta si me diera la gana de ser un colibrí más enérgico).

8

“¿Sabe usted, señor Carrère, qué es lo más difícil aquí? La inercia de las cosas. Se cae uno rápido de las nubes. Se estrella uno al comprobar que esta ciudad no funciona. Que está todo paralizado: los progres en su burbuja, los ingenios en sus torres, los políticos en sus poses de político y los profesionales de las alambradas a lo largo de la circunvalación y del túnel. Creo que me va a entrar una depre-

sión aquí, señor Carrère. Por la noche, volvemos a nuestra casa calentita entre ráfagas de noche y cuatro kilómetros por hora mientras que... Ah, es verdad, que hemos dicho que no íbamos a hablar del tema”.

Mire, Marguerite, yo hago lo que puedo. Conozco a gente, mucha gente, no solo a los progres en su burbuja, como dice usted, aunque sí encuentro reconfortante que haya progres con burbuja en Calais. Se ha invitado usted a mi reportaje, así que ya está, me va a ayudar usted, permítame que la cite de nuevo: “Cuando nos enteramos de cuál iba a ser su punto de vista, mi amigo y yo sonreímos. Nos dijimos que así podría usted hablar con toda tranquilidad de los parados, los alcohólicos y los hermanos por parte de padre que ocupan la ciudad. Los bomberos que votan al Frente Nacional y las parejas que terminan en el banquillo por iniciar a sus hijos adolescentes en la sexualidad incestuosa, cuando no están haciéndole felaciones a su pastor alemán. De las peleas que llueven a principios de mes porque acababan de ingresar la subvención solidaria y la gente hace cola en los cajeros, se va a hacer la compra a Auchan y se emborracha para luego enzarzarse en los bares de Calais-Norte”.

Ahí, Marguerite, está hablando usted de la zona de urbanización prioritaria Beau Marais y del barrio de Fort-Nieulay, que son en Calais el equivalente de Outreau en Boulogne-sur-Mer: los sitios que dan miedo, y cuya violencia asusta mucho más que la delincuencia de los migrantes a alguien como mi amiga Marie-Claire. Lo que se llama barrios “prioritarios”, solo que ahora, como dice con una sonrisa cansada Kader Haddouche, prioritaria es la ciudad entera. Kader tiene treinta y nueve años, es nieto de un soldado francés musulmán, hijo de argelinos analfabetos (su padre está jubilado, trabajaba en el amianto,

su madre es limpiadora), origen no tan frecuente en una ciudad que, a diferencia de la cuenca hullera, no ha recibido prácticamente inmigración. No hacía falta mano de obra suplementaria: había la necesaria, allí mismo, para el encaje. Y esa fue, paradójicamente, la suerte de Kader: el encaje no cogía, como dice él, más que a “calesienses de rancio abolengo”; como, al ser árabe, no tenía ninguna oportunidad, tuvo que estudiar, mientras que sus amigos de la infancia, que contaban con un trabajo en el encaje, no. Así pues, Kader se hizo profesor de biología en un instituto de formación profesional mientras que sus amigos “calesienses de rancio abolengo” figuran todos más o menos en el cuadro que me ha pintado usted, Marguerite: paro, alcoholismo, desesperación y racismo. Los distritos 20 y 21 del área metropolitana de Calais, que en las últimas elecciones regionales otorgaron más del 50% de votos al Frente Nacional, se encuentran en el Beau Marais, donde se vomita encima de los migrantes aunque nunca se vea a ninguno, porque ellos tampoco tienen ninguna razón para acudir a ese barrio. Kader milita, se presentó (como Marie-Claire) por la lista de la oposición que encabezaba el diputado socialista de Pas-de-Calais. Obtuvieron un 20%, un resultado digno. (No le descubro América, Marguerite, pero seguramente el lector ignora que la vida política calesiense desde la guerra se resume en treinta años de derecha conservadora y casi cuarenta de un ayuntamiento comunista dogmático y zángano a la vez, que ha desanimado cuidadosamente a todos los inversores explicándoles que no eran necesarios, y al final, desde 2008, la alcaldesa del partido de Sarkozy, Natacha Bouchart, a la que se critica al mismo tiempo que se le está agradecido —o no— por ser el último bastión contra el Frente Nacional).

Kader me acompañó al Beau Marais, donde creció, donde sigue viviendo, donde se siente en su casa (no como en el Fort-Nieulay, donde no está en su territorio y se mantiene en guardia). Bajo una lluvia fina y fría, estuvimos dando vueltas entre torres leprosas y toboganes que dan ganas de llorar, charlamos con unos adolescentes que habían hecho pellas para aburrirse fumando porros en un patio destrozado y expuesto a todos los vientos (“¿Qué queréis que hagamos? ¡Si no hay nada que hacer!”) y visitamos el Centro Social, cuya directora nos dice: “Aquí trabajamos la convivencia, el bienestar y la cordialidad”. Dicho esto, esboza una sonrisita afligida, sabe perfectamente que todo eso no son más que palabras; y sin embargo Kader me dice que fue allí donde leyó sus primeros *Tintín* de pequeño, y donde su madre va cada semana a dar clase de gimnasia: menos da una piedra, y aparte de que menos da una piedra, es que no hay nada más. Las últimas tiendas de la zona, almacenes que vendían desde muebles hasta artículos de jardinería o electrodomésticos, ya no están. Lo único que ha abierto en los últimos años es una agencia de empleo, en la que deben presentarse los parados una vez por semana: así no hay que ir a ningún sitio, ni llegarse al centro, donde no se va nunca, de hecho, si no es para montar una bronca el sábado por la noche. Ese detalle me parece elocuente, pero admito, Marguerite, que no es mucho, y que no he presenciado ninguna felación a pastores alemanes.

9

No me decidía, daba vueltas alrededor de la Jungla, posponía el momento de ir. Usted dice en su carta que la Jungla es “algo que aquí nos corroe a todos todo el rato”. Se

nota que corroe, que obsesiona, que divide, y no solo entre generosidad y egoísmo, apertura y cerrazón, gente culta y *lumpenproletariat* que ha dado con otro más miserable para odiarlo, sino también, y de modo muy concreto, entre gente que ha ido, que de vez en cuando vuelve, y gente que nunca ha puesto el pie allí. No acuso de nada a los segundos, quizá yo formaría parte de ellos si viviese en Calais, y siento más aprecio por Marie-Claire, que de momento se ha abstenido por miedo a verse desbordada por la emoción y el sentimiento de impotencia, que por muchos turistas de la desgracia curtidos. Al final fui con una joven, Clémentine, que aunque trabaja en el Channel conoce bien el campamento y acompaña a menudo a los visitantes. No voy a contar la visita. Lo he intentado, pero avasalla. Ocupa de inmediato demasiado espacio, no se la puede contener en los límites de unos cuantos párrafos. Solo querría hacer constar una cosa sobre los cale-sienses que, como la valiente Clémentine, se internan en el campamento con botas de plástico y mochilas para ayudar, cuidar, informar. Dicen lo que dicen todos los voluntarios, de todas las nacionalidades, y que al principio me molestó por considerarlo un romanticismo de misionero, pero que debe de ser verdad: la Jungla es una pesadilla de miseria e insalubridad, pasan cosas terribles, hay ajustes de cuentas y violaciones; sus habitantes no son todos, ni por asomo, ingenieros tranquilos, esforzados estudiantes y virtuosos perseguidos políticos, pero en ella se observa también algo extraordinariamente admirable: la energía, el ansia de vida que ha empujado a esos hombres y mujeres a un viaje largo, peligroso, heroico, y del que Calais, pese a parecer un callejón sin salida, es solo una etapa. Lo cual expresa el fresco de Banksy en una pared de cemen-

to a la entrada de la Jungla. El Ayuntamiento había pensado en borrarlo antes de darse cuenta de que se trataba de una obra de arte —lo que es más, una obra del artista callejero más famoso y caro del mundo—, y de que ahora forma parte del patrimonio de la ciudad, al igual que los *Burgueses de Calais* de Rodin. Representa a Steve Jobs con un hatillo y un ordenador *vintage*, y recuerda que el fundador de Apple entró en Estados Unidos en la piel de un niño llegado de Homs (Siria). La situación no es la misma, está claro, y el paralelismo es aún más forzado puesto que Steve Jobs era solo *de origen* sirio, nació en San Francisco y fue adoptado, pero no importa: algunos migrantes morirán intentando pasar a Inglaterra, los demás sufrirán en los márgenes europeos un destino de humillación y pobreza, pero aun así un sirio o un afgano que exponiéndose a mil peligros ha llegado hasta Calais y está pasándolas canutas allí, Dios lo sabe, puede pese a todo concebir la Jungla como un momento de su vida, una prueba transitoria, un trampolín hacia el cumplimiento de sus sueños. Un blanquito que vive y siempre ha vivido de subsidios sociales en el Beau Marais se encuentra en una situación menos precaria pero en cierto modo más estancada, más irremediable, y me pregunto si, de modo más o menos consciente, no tendrá eso algo que ver con su resentimiento.

10

ÉL: ... Nos ponemos de rodillas, los acogemos con los brazos abiertos, nos ocupamos de que no pasen frío, que vale, su país está en guerra y decimos que son pobres, pero cuando uno es pobre no tiene teléfonos de seiscientos euros y zapatillas de deporte más caras que las mías y solo

ropa de marca. Se hacen los pobres, no se crea, que luego son más ricos que nosotros, no pagan impuestos, les dan cama, comida y ropa, las asociaciones les dan todo lo que quieren, y con el dinero se van a Bricoman a comprarse destornilladores, martillos y sierras eléctricas, de todo, para cortar las verjas y para romper todo lo que puedan, y al final ¿quién paga? Nosotros, con los impuestos.

ELLA: Y ahora además les pagan el carné, mientras que mi hijo no tiene dinero para sacárselo.

YO: ¿Ah, sí? ¿Les pagan el carné?

ELLA: Sí, lo he visto por internet y he visto a dos saliendo de la autoescuela Gambetta, y no le digo la sonrisa que llevaban. En Auchan, donde hacemos la compra de la semana, vemos sus carritos y los nuestros, y le digo que los suyos van hasta arriba, con bolsas de diez baguettes, lotes de botellas de refrescos, patatas fritas, y todo de marca. Esos carritos a rebosar son terribles, terribles. ¡Pero si hasta tienen tiendas en la Jungla! ¿Eso es legal? Una tienda francesa paga impuestos, paga una licencia, y ¿qué se cree, que ellos pagan? A los franceses nos dejan de lado; nosotros tenemos que sacarnos solos las castañas del fuego y a ellos se lo dan todo.

ÉL: Tiran proyectiles desde los puentes, cruzan la autopista de cualquier manera; si un francés hace eso lo llevan a la cárcel y ellos tienen todos los derechos. Pues yo lo que digo es que como uno cruce la autopista delante de mí, no pienso frenar, sino acelerar.

ELLA: Van en grupos de treinta o de cuarenta, te miran de reojo, buscando cosas para robar. Mis hijos tienen veintiún y diecisiete años, pero a mí me da miedo que los ataquen cuando salen. Se van al centro y ellos son dos, pero los otros son un montón. Y hay ataques todo el rato.

YO: ¿A ustedes los han atacado?

SE MIRAN: No.

YO: ¿Y a sus hijos?

ELLA: No.

YO: ¿Sabe de alguien a quien hayan atacado? ¿Alguien con quien pueda hablar?

ELLA: No, pero hay. Una señora que vivía en el camino de Dunes se va a tener que ir de su casa, porque ahora los migrantes le hacen la vida imposible.

ÉL: Ha hecho un vídeo, lo puede ver en el sitio web de los Calesienses Enfadados, que quisieron organizarse para defenderse pero tuvieron que dejarlo porque se volvió demasiado peligroso para ellos. Son padres y madres de familia, pero a ellos no los protege nadie. La policía les dijo que no podía protegerlos, que no tenían permiso para proteger a los franceses.

ELLA: ¿Sabe usted lo que hay escrito a la entrada del campamento? “Un poli, una bala”.

11

Tengo kilómetros de declaraciones por el estilo; usted, Marguerite, debe de saberse todo esto de memoria. Es lo que me dice la gente de la que me habla en su carta, los que “se presentan con el apellido delante del nombre: Delcloy, Kevin, o Carpoulet, Monique”. El calesiense de base, “monoparental y necesitado”, como lo define lleno de melancolía Baptiste, un chaval que trabaja de cocinero, lee a Dostoievski y además se parece a Aliosha Karamázov. Es difícil escuchar cosas así sin desdén de clase, porque más que palabras de gente mala son palabras de gente pobre, pobre tanto en formación como en dinero.

También es difícil saber lo que es verdad de lo que cuentan y cuál es el grado real de inseguridad en Calais. Ni la comisaría ni el Ayuntamiento respondieron a mis peticiones, no demasiado pertinaces, eso es verdad. La *sensación* de inseguridad, como la sensación térmica de la que se habla a veces, varía según los interlocutores, pero incluso la gente como mis amigos lectores de Pierre Rabhi, que por razones ideológicas son proclives a minimizarla, reconocen que sobre la ciudad pesa un ambiente de amenaza. Los promigrantes con temor, los antimigrantes con esperanza, todo el mundo aguarda la catástrofe que lo hará explotar todo: asesinato de un migrante a manos de un calesiense (lo cual, según me hacen notar, ya ha debido de ocurrir), o de un calesiense a manos de un migrante (eso no, todavía no: se sabría). Aunque... Los calesienses enfadados están convencidos de que pasa lo contrario, de que la prensa local se marca unas portadas indignadísimas en cuanto un migrante se tuerce el dedo meñique, y sin embargo esconde minuciosamente, siguiendo órdenes de arriba, los atropellos de los que son víctima los franceses. Piensan que el gobierno está a favor de los migrantes y en contra de los autóctonos, que el núcleo de *Nord-Littoral* pertenece a los No Borders (no es la impresión que yo me he formado al leerlo cada mañana), y se han impuesto la misión de luchar contra la desinformación haciendo lo que no hacen los periodistas: dar fe de lo que pasa en Calais *de verdad*, que no se sabe y que, si se supiese, desencadenaría una guerra civil. El sitio web del colectivo es típico de lo que se llama “fachasfera” y, aunque me hubiese gustado, debido a un gusto quizá excesivo por el matiz y la complejidad del mundo, representar a calesienses enfadados que no fueran unos capullos integrales, hay que reco-

nocer que eso es lo que parecen los que yo conocí. ¿Iban con las porras antes de darse al periodismo salvaje, grabando incansablemente con sus móviles escenas de apedreos de policías o de camiones en la circunvalación? ¿No serían las rondas nocturnas a las que se entregaban antes de que la policía los disuadiese las cazas al migrante de toda la vida, como muestra un vídeo subido por sus enemigos acérrimos, los No Borders? ¿O es que se han visto, como ellos aseguran, desbordados por elementos descontrolados, racistas y violentos, cosa que ellos no son? No sé, lo único que puedo decir es que volví, no a la Jungla sino a sus lindes, acompañado de dos calesienses enfadados: un joven cachas, de profesión segurata, y una señora menuda y nerviosa llena de canas; tanto uno como otro eran del tipo, querida Marguerite, que diría antes el apellido que el nombre, solo que no lo hacen porque prefieren no dar sus apellidos: tienen buenas razones para no fiarse de los periodistas y mucho me temo que leer esto no servirá para arreglar las cosas. El objetivo de la excursión era “apoyar a una vecina del río”. He reconocido que los calesienses enfadados ni me parecieron muy abiertos ni les cogí cariño, pero también debo reconocer, con honestidad, que la vecina tiene buenas razones para quejarse y que vivir en la carretera de Gravelines, como ella vive, debe de ser un auténtico infierno. Infierno al que contribuye todo: por una parte, el tráfico perenne por la vía hundida y pantanosa de migrantes que transitan en hordas de hombres jóvenes demacrados y calientes, en claro estado de avanzada miseria sexual, como los de Colonia, que usan los jardines privados como atajos hacia la autopista y que al pasar roban madera, hacen la peineta, enseñan la polla, capturan y devoran animales domésticos (eso es lo que dicen); por otra

parte, la presencia, reconfortante, sí, pero a la larga fastidiosa, de los furgones policiales que no dejan de aparcar y luego de arrancar en tromba delante de casa; y, para terminar, el hecho de que la casa que te has desvivido por pagar y cuyo préstamo no has terminado de devolver ya no vale un pimiento, evidentemente. Está claro que tiene razones para pedir apoyo, y no me veía echándole a la vecina el sermón de “Francia, tierra de asilo” ni citándole a Mateo 25, 35: “Fui extranjero, y me recogisteis”. En cualquier caso, le pregunté si el resto del vecindario compartía su punto de vista. La calesiense enfadada, hablando por ella, señaló con el dedo y dijo bajando la voz, como si pudiesen oírnos: “Esa de ahí *está en contra nuestra*”.

12

Como no podía ser menos, llamo a la puerta de la casita. Al principio no responden, pero como hay un coche delante, insisto. Sospecho que la vecina de antes me observa desde la ventana. La puerta acaba por abrirse ante una mujer joven con un bebé en los brazos. De origen magrebí, rondando la treintena, agradable. Le hago un resumen, le explico que me ha llevado allí una calesiense enfadada pero que me han indicado que ella está del otro lado. Me lo confirma con una sonrisa, me hace pasar. Me dice su nombre, y ella sí me autoriza a escribirlo: Ghizlane Mahtab. Me recibe sin desconfianza, me cuenta sus cosas con gusto. Ella y su marido llevan un año viviendo allí, él es chófer-repartidor, ella ayudante de laboratorio en paro, trabaja en el McDonald’s hasta que le salga algo mejor (la hija de la calesiense enfadada está en el Quick). Tienen cuatro hijos de entre ocho y dos años. A su casa la

llamaban “la casa wifi” porque antes de que pusiesen las verjas había siempre una treintena de migrantes delante. Los vecinos creían que les había dado la clave de acceso, pero no, lo único que pasaba es que delante de su casa se cogía la señal y a ella no le molestaba que estuviesen allí, nunca había tenido el menor problema. Dice que problemas no hay, que es verdad que su vecina sí tuvo, que a lo mejor exagera un poco pero que tuvo, pero lo único que puede decir Ghizlane es que ella no. Nunca ha mirado nadie por la ventana, nunca le han robado un par de calcetines de la cuerda de la ropa, ni una baguette del maletero lleno a rebosar del coche, que deja abierto cuando descarga la compra. Es que le gusta la gente, sonrío, se interesa por ella. Los niños de la Jungla vienen a jugar con los suyos, la pequeña los llama “los vecinos” y el más grande “los pobrecillos”. Su marido, aunque más reservado que Ghizlane, piensa igual que ella, le dio los zapatos a un chaval que iba descalzo, los zapatos de su boda, incluso, y no le importa que su mujer vaya a tomar el té a la Jungla con los niños. A los vecinos, evidentemente, no les hace ninguna gracia, llaman a la policía para que se lleven a las masas de migrantes de delante de su casa y hay miembros de la familia que ya no la besan al saludarla porque creen que les va a pegar la sarna o algo peor. Otros creen que tiene un amante en la Jungla, pero a ella no le importa. Sabe que allí roban, violan y pasan cosas feas, les guarda rencor a los doscientos cabrones que ensucian la reputación de las seis mil buenas personas, pero ¿acaso en Calais no pasa lo mismo, acaso no hay cabrones en todas partes? Y se ve que los calesienses enfadados que se ponen las capuchas y les tiran piedras a los migrantes, que vienen día y noche a hacer la ronda,

no tienen nada mejor que hacer. Las dos señoras de cuya casa vengo, que llevan allí todo el rato, ¿no tienen niños entonces, no tienen casa que cuidar?

Escucho a Ghizlane mientras le sirve nuggets del McDonald's a su hija pequeña, y sus palabras me reconfortan, por supuesto. Se lo digo y ella esboza una sonrisita de niña buena como diciendo que es lo normal, lo mínimo, todos somos humanos, ¿no? Dos meses antes vinieron de *Paris-Match* a entrevistarla, a fotografiarla, no sabe si salió, tendría que preguntarlo; en cualquier caso, está fenomenal en el papel de heroína positiva, rebosante de apertura y espontaneidad: tan buena clienta como esa señora que ha salido tantas veces en la tele, la que pone docenas de enchufes múltiples en el patio a disposición de los migrantes para que recarguen los móviles. Me marchó, vuelvo con la vecina, que aún cuenta con el apoyo de la calesiense enfadada. Les digo (aunque lo saben muy bien) que vengo de casa de la vecina que está “contra ellos” y que dice que no tiene ningún problema. Entonces la calesiense enfadada se me queda mirando y se marca un tanto: “Entonces, si no tiene ningún problema, ¿por qué tiene las persianas siempre bajadas?” Tiene gracia, me había fijado, pero no había registrado la observación: es mediodía, hace buen tiempo, no hay humedad, hace sol, y sin embargo las persianas metálicas estaban bajadas, hemos conversado a la luz de una lámpara y, por deslumbrante que sea Ghizlane, el hecho es que su casa está cerrada a cal y canto como lo estaría la de los últimos humanos de la tierra en una peli de zombis. Digo lleno de fastidio: “Pues es verdad”. La calesiense enfadada triunfa, me lo repite por lo menos tres veces: “Entonces, ¿por qué tiene las persianas siempre cerradas? ¿Eh? ¿Por qué vive en plena oscuridad?”

13

Ya acabo, Marguerite. Tenía usted razón, quince días es una miseria, no he visto nada de Calais, o muy poco. Y de lo que he visto hay un montón de cosas que no han encontrado su lugar en este escrito... Me habría gustado hablar del encaje, de su grandeza y su decadencia, de las docenas de oficios de alta especialización que pone en movimiento: patronista, diseñador, calador, picador de cartones, canillero, prensador de bobinas, preparador de aprestos, bordador, zurcidor y un montón de competencias minuciosas que convergen en la del tulista, un verdadero Karajan del mundo textil, domador respetado de máquinas que pesan veinte toneladas y miden doce metros de largo y de donde sale algo que luego se convertirá, principalmente, en bragas y sujetadores arácnidos. Me habría gustado esbozar el retrato de Anne Le Deist, usted la conoce seguro, es una asidua de La Betterave, una patronista que viene de Noyon, una de las pocas fábricas que siguen funcionando, y que ahora trabaja como *freelance* para clientes chinos; el de Bruno de Priester, el último picador de cartones a mano de Calais al que vi maniobrar delante de su máquina como si fuese un organista; y el de Olivier Noyon, el jefe, que podría ser un personaje sacado de una película de Claude Sautet. Michel Piccoli lo habría interpretado fantásticamente, y a Vincent Lindon, hoy en día, le encantaría el papel: hijo de un industrial del norte, hombre guapo, elegante, cordial, hace su carrera en París, en el medio audiovisual, en la Ciudad de las Ciencias y la Industria, luego se dedica a la música, y, en plena crisis de la mediana edad, acepta ocuparse del negocio para que no salga de la familia. Para su mujer, que era montadora de cine, no de-

bió de ser plato de gusto mudarse a Calais. Él del encaje no sabía nada, aprendió, le gustó, y me pareció que a él, Olivier o señor Olivier, como lo llaman en la fábrica, le tenían cariño, aunque desde que llegó su trabajo haya consistido sobre todo en comerse con patatas la competencia asiática, deslocalizar fábricas a Sri Lanka y lanzar tres planes de despido en quince años. ¡Y el abad Delenclos! También debe de conocerlo usted, Marguerite, es el cura de Fort-Nieulay, lleva allí cincuenta y tres años y podría ser un héroe de Bernanos o de Pialat: un coloso agotado, risueño, duro de mollera, que él mismo reconoce que habla “sin pelos en la lengua, y además de corazón”; el único hombre que he conocido en el mundo capaz de pensar que “en el fondo, nuestro barrio, Fort-Nieulay, es bastante bonito”. Antes iba gente a la parroquia, ahora casi siempre tiene la iglesia vacía, pero ve normal que se vayan los viejos y los jóvenes no los sustituyan, “no somos carroñeros de la religión, y además no estamos aquí para hacer negocio, sino la señal de Jesucristo”; aunque ya no tiene parroquianos sigue teniendo vecinos que vienen a verlo, a pedirle consejo, a los que ayuda a no meter demasiado la pata; mientras haya hombres así, aunque solo sea uno en toda una ciudad, no se puede desesperar por completo; pero tiene ochenta y cuatro años... Tengo que ir acabando de veras, Marguerite, puedo escribir cuarenta mil caracteres como máximo, ya no me da tiempo de hablar de Antoine Ravisse, pese a lo bien que me cayó ese hombre que no se ha acostado un solo día de su vida sin ir al puerto y mirar el mar. Ni de su nueva pareja, Valérie Devos, que es abogada y tan nerviosa como él tranquilo, y que, mientras él mira el mar, cuenta a velocidad de metrallera horribles historias de ajustes de cuentas entre traficantes albaneses a los que

le ha tocado defender de oficio. Tengo que darle las gracias, Marguerite Bonnefille: por haberme desafiado, por haberme guiado aun ocultándome su nombre, su rostro, su profesión. Pero me dio una buena pista: ¿recuerda este pasaje de la carta?

Bueno, acabo de salir con el coche porque tenía que cubrir unas tensiones en la ciudad. ¿Conocerá usted esas tensiones nocturnas? Iba temblando al acercarme, ¿sabe usted? Me daba miedo llevarme una pedrada en los cristales o un bastonazo. Pero ¡chis! Ha elegido usted otro punto de vista.

14

Una mujer que sale por la noche “a cubrir tensiones en la ciudad” es periodista. Usted es periodista, Marguerite, periodista local, debe de trabajar en las mismas oficinas que mis amigos Bruno y Marie-France. Y, siendo usted del oficio, sabrá hasta qué punto es importante el final de un artículo. La historia de las persianas de Ghizlane Mahtab me perseguía. La llamé por teléfono para ver qué me decía. Se lo tomó –con toda amabilidad, eso sí– como si estuviese poniendo en duda no su confianza en la humanidad, sino sus cualidades de ama de casa: “¿Ah, sí? ¿Tenía las persianas bajadas? Es que todavía no había limpiado. Pero si viene usted ahora, ya verá, está todo abierto”. Pensé que, a partir de ese detalle, se podían contar dos historias completamente diferentes. Por un lado, la versión que deja un rayito de esperanza, un rincón de cielo azul, que dice que si uno es abierto y sonriente recibe a su vez apertura y sonrisas. Por el otro, la versión que le gustaría al pe-

riodista reaccionario Éric Zemmour: no solo la Jungla es un infierno, sino que además el rayito de esperanza es mentira y esa chica les cuenta a los periodistas una historia de osos amorosos porque es más guay, porque da una imagen gratificante de ella, pero en realidad vive completamente parapetada. “En la oscuridad”, como dice la calesiense enfadada, y entonces son los calesienses enfadados los que, a falta de ser simpáticos, dicen la verdad. Me pregunté qué versión escogería si estuviera escribiendo ficción. Pero no estoy escribiendo ficción, así que volví a la carretera de Gravelines el día que me marchaba y ya sé que no tiene valor estadístico, que lo que es verdad en un momento concreto deja de serlo en otro, pero, sea como sea, Marguerite, me hizo ilusión comprobar que el viernes 22 de enero de 2016 a las once de la mañana, las persianas de Ghizlane Mahtab estaban abiertas.



■ **Mercedes Monmany**

Nació en Barcelona en 1957. Crítica literaria y ensayista especializada en literatura contemporánea, y europea en particular. Ha sido editora, asesora de publicaciones y grandes festivales literarios, crítica literaria en los principales periódicos y revistas españoles, y forma parte actualmente de diversos consejos de redacción de revistas culturales. Organizadora de numerosos ciclos y encuentros, comisaria de exposiciones antológicas sobre grandes escritores. Es directora de las colecciones de poesía y de ensayo literario “La Rama Dorada”, de la editorial Huerga y Fierro. Escribe semanalmente sobre literaturas extranjeras en el suplemento *ABCD de las Artes y las Letras* del diario *ABC*, y colabora habitualmente en las revistas *Letras Libres* y *Vanguardia Dossier*.

■ **Miguel Ángel Galindo Núñez**

Nació en Guadalajara en 1986. Es profesor de la Preparatoria 20 de la UdeG, promotor de lectura y difusor cultural. Es maestro en literatura hispanoamericana por la Universidad de Guanajuato. Ha sido ponente en varias ciudades de México. Escribe semanalmente en el periódico *AM* de Guanajuato y dirige el programa de radio *Las nueve noches*.